This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

PD 5867

HARVARD COLLEGE
LIBRARY

FROM THE FUND OF
CHARLES MINOT
CLASS OF 1828

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Spain 3.7.3.1

M. MARTINEZ BARRIONUEVO.

EL BUQUE DE COMBATE

(NOVELA ESPAÑOLA)

TOMO II.

BARCELONA.
Librería de Antonio López.
20.—Rambla del Centro.—20.
1899.

Digitized by Google

Digitized by Google

EL BUQUE DE COMBATE.

Digitized by Google

ES PROPIEDAD.

Mérida.—Tip. de Plano y Corchero.

Digitized by Google

M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO

EL BUQUE DE COMBATE

(NOVELA ESPAÑOLA).

TOMO II.

BARCELONA.
Librería de Antonio López.
20.—Rambla del Centro.—20.
1899.

Digitized by Google

Harvard College Library
AUG 2, 1920
Minot Fund
5813.5

Digitized by Google

I

La señora de Trueba y Armental se miraron aturdidos. ¿Qué sucedía á Mary? ¿Se volvió loca? Estas preguntas estaban en los ojos de los dos al mirarse.

¿La habrían ofendido? Pero ¿en qué? ¿Cómo? Armental tranquilizó á la señora de Trueba. «Lo que había ocurrido no pudo ser más extraño, pero tendría que aclararse.»

La señora de Trueba quiso hablar con Mary inmediatamente;

Digitized by Google

Armental la disuadió de su propósito, haciéndola ver que Mary estaba ya tranquila; en efecto, Mary presentábase muy alegre, al parecer, entre un grupo que penetraba entonces en el salón.

La señora de Trueba se dejó convencer como un niño. Armental rectificó así cierta observación que ya tenía anotada: «las almas fuertes descubren más pronto su punto vulnerable: la piedad y la ternura para con los débiles y los pecadores.»

Habló de Mary, de su amistad hacia ella... no era su amiga, era su hermana; por la felicidad de Mary lo hubiese hecho todo. En el rostro pálido por el sufrimiento

Digitized by Google

de la señora de Trueba, en sus facciones contraidas, veía entonces Armental hasta lo más profundo de su alma. Pero la señora de Trueba fué olvidándose de Mary, y llegó un punto en que parecía olvidar también todo cuanto la rodeaba, pensando ya solamente en Armental, en su porvenir... Decíalo sonriendo melancólicamente y aludiendo por vez primera al cambio que había ido operándose en el carácter de Armental; «*la obra* estaba casi terminada.» Dijérase que la triste impresión que Mary le había producido habíala hecho de pronto más comunicativa, como si al faltar á su alma la ternura de

Digitized by Google

Mary, inconscientemente, quisiera llenar aquel vacío con aquel otro noble sentimiento. Aunque su naturaleza indómita pareciese más apropósito para la rebeldía y la lucha, la mansedumbre de su rostro, de su voz, de su mirada serena y profunda, envolvíala á los ojos del fanático en una majestad inmensa. Pero más que en sus palabras, más que en sus actos, era en sus ojos y en su voz donde Armental veía y sentía la cadena misteriosa de indulgencia y ternura que á esta mujer enlazaba con el resto de la humanidad. ¡Dulce cadena, en la que él, con verdadero orgullo, sentíase igualmente prisionero!

Digitized by Google

Habló la señora de Trueba de la próxima botadura del buque y del estreno del drama. Preguntó al fín á Armental, mirándole con profunda expresión de sentimiento é inquietud:—¿Tendrá usted valor? —La respuesta de Armental fué apasionada y firme, como la de un verdadero convencido: «Sí, lo tendría de sobra; solamente le hubiera faltado á no encontrar á la señora de Trueba en su camino.» Quedó silencioso, como si dudase de lo que iba á decir; luego prosiguió lentamente, con menos seguridad: —Es usted una obra mucho más perfecta que todas las mías; caigan las mías abajo; húndanse todas y yo con ellas; creeré que estoy en

Digitized by Google

la altura aunque esté en el fondo, si lo último que veo, al caer, es esa cara radiosa de mujer buena. Lo dijo con lentitud, melancólicamente, como repitiéndose á sí mismo una oración que ya hubiera pronunciado á solas en muchas ocasiones.

La señora de Trueba pareció muy agitada y volvió el rostro, como queriendo ocultar de alguna manera sus hondas impresiones. No contestó en el primer instante; parecía impedírselo la emoción. Se repuso rápidamente, como tratando de ganar no se sabe qué terreno perdido en alguna misteriosa batalla; habló á seguida con vivacidad: «Era bastante juiciosa

Digitized by Google

para no apreciar en su justo valor las palabras de su amigo: no eran, no, galanterías fútiles, sino palabras consoladoras de un espíritu grave; pero era conveniente no exagerar la nota; los extremos son malos y con mucha facilidad se cae en el extremo; la filosofía de Armental era una musa de hurano empaque cuyo pesimismo desconsolador hacía del mundo un lodazal espantoso, donde fermentaban todos los vicios; para él, en ese mundo no había nada bueno, ni honrado. ¡Triste filosofía! Porque una sola vez quizás halló aquel hombre quien le hablase sinceramente haciéndole ver con modestia, por sentimientos de su

Digitized by Google

corazón y no por lo que hubiese aprendido de los sabios, que no es el mundo tan perverso como por ahí lo pintan, lo casto, lo bueno, lo honrado que en el mundo había, en ella solamente lo encontraba Armental... «Fué que ella solamente había tenido la fortuna de hacer latir con advertencias leales aquel corazón lleno de vida que parecía muerto.» Y añadió después temblorosamente:—Ya lo dije en otra ocasión y hoy lo repito, con la misma certidumbre, pero con más tristeza: vosotros los señores sabios sois los niños mimados de la sociedad, pero usted más que ninguno; usted ha tenido suerte; usted nunca se dió cuenta

Digitized by Google

de que la virtud existe; de que los hombres la aman y la practican; de que se sufre por ella; de que tiene sus mártires y sus héroes, más admirables cuanto más obscuros é ignorados, pero que surgen impensadamente cuando menos se esperan, como una explosión de luz, de esa luz en la que la humanidad se ilumina, fortalece é ilustra, adquiriendo un precioso vigor, que la boca siempre abierta de la realidad de la vida, consume con voracidad repugnante. Sí, usted tuvo suerte; la convicción profunda que tenía del egoismo de los demás le hizo ser egoista; solo hacía falta un detalle, provi-

Digitized by Google

dencial desde luego, que le sacara de su error. Yo lo aseguraría; del error ha salido usted ya; si hoy vive usted un poco desorientado es que la luz poderosa le deslumbra, usted se acostumbrará; de todos modos usted siempre resulta el sér escogido; hay una mano invisible allá arriba que usted no vé ni yo tampoco; esa mano cobija su frente; yo he sido en esta ocasión el detalle; si yo pudiera sentir orgullo de algo, ese sería mi orgullo.

Al concluir la señora de Trueba, su voz temblaba y sus ojos se humedecían de ternura. Por vez primera habíase dejado vencer por ocultos sentimientos; aquel

Digitized by Google

estado psicológico ¿lo preparó quizás la amarga pena que le produjo Mary?

Desprendíase de la señora un sentimiento fraternal, infinito, algo que atraía como nos atrae nuestra madre cuando nos habla con toda la serena melodía de su amor. Figuróse Armental que aquella mujer se transparentaba con una claridad sublime; que vivía en la luz, esa otra vida sobrenatural, aspiración y embeleso de los místicos, rodeada de suaves sombras, perceptibles solamente en todo su diáfano esplendor para los espíritus iniciados. No habló, no pudo; tendió los ojos al mar, al lejano horizonte,

Digitized by Google

y las estrellas le parecían miradas misteriosas de séres, de los cuales la señora de Trueba había aprendido el tono, el ademán, la exquisita perfección de los actos, de la palabra, el convencimiento de la virtud y del amor de los hombres á la virtud.

Nunca hasta entonces había pensado así; «era muy cierto; la convicción profunda del egoismo de los demás le había hecho egoista;» sintió rubor por vez primera de haber despreciado á los hombres; sintió regocijado su espíritu más que antes en aquellos nuevos espacios en que parecía mecerse. Parecióle todo grande en aquel punto, bello, bueno,

Digitized by Google

identificado con Dios mismo que lo supo crear, Padre y Señor poderoso. Su idea de Dios en esta hora solemne, el pensamiento, la voluntad mística que de su sér entero se desbordaba como una luz intensa, de que él mismo fuese foco, necesitó ver para su alivio un templo colosal en aquellos espacios dilatados, iglesia sin límites, para que su espíritu volase allí sin que tropezaran sus alas en mezquinos muros. ¿Y por qué había de parecerle locura? ¿No era aquel un templo maravilloso, con su bóveda infinita en el cielo diáfano, con su bruñido pavimento de plata en las aguas inmóviles, con las luces melancólicas

Digitized by Google

de sus altares en los tristes farolillos de tope de las embarcaciones, y hasta con el arrullo blando de la oración de los fieles en el suspirante murmurar de las olas?

Digitized by Google

II

No lloró; la vergüenza retuvo las lágrimas en su pecho. Era un vencido. Suspiró contemplando el mar inmóvil. ¡Oh Tetis, divina diosa! ¿Saliste tal vez como una espléndida flor de tu encantada gruta para endulzar la pena misteriosa de aquel gigante batallador de la vida? Oyó Armental que pronunciaban su nombre, bajo, muy bajo, y sus músculos de atleta aflojáronse y su vista se nubló. No hubiera pronunciado

Digitized by Google

con más cadencia el nombre de Aquiles la dulcísima divinidad saliendo de su gruta para consolar al valeroso hijo.

La señora de Trueba le había hecho volver al mundo de lo real pronunciando su nombre; despedíase de él... Se iba... «Pero antes de irse tuvo espacio aún para exponerle del todo un gran pensamiento.» Acompañó estas palabras de una cierta sonrisa llena de graciosas reticencias. Con permiso de su esposo, por supuesto, cuyo regreso era inmediato, daría un gran baile en honor del señor de Armental, del poeta insigne, gran ingeniero, ilustre marino; la solemne fiesta celebraríase inme-

Digitized by Google

diatamente después de la botadura del «España»...

—No, eso no,—dijo Armental en voz temblorosa, interrumpiéndola... Y guardó silencio de pronto, sin saber cómo continuar.

Conoció ella la intención de su amigo de decir algo todavía, y así era en efecto, pero no pudo; quedó la mujer mirándole atentamente, de un modo singularísimo, sin que Armental pudiera sorprender su mirada. Luego siguió hablando: «No se lo dijo en el jardín, por no estar cierta todavía de la fecha exacta del regreso de su marido; pero aquel mismo día, después de haberse marchado Armental, recibió un telegrama

Digitized by Google

del señor de Trueba, anunciándole su regreso; acompañaría al ministro que iba á presenciar la botadura del «España.» Era, pués, cosa resuelta; la botadura ¿no se había fijado para el 9 de Abril? La función teatral ¿no sería en la noche misma del 9? Pues en la noche inmediata del 10 reuniríase en sus salones todo Medina-Jara para rendirle, á él, á Daniel de Armental, héroe de la fiesta, testimonio de admiración y respeto. Allí, en su misma casa, los grandes, los aristócratas, los poderosos, le rendirían tributo y Armental podría convencerse de que era cierto cuanto la señora de Trueba le afirmó, de que Medina-Jara no

Digitized by Google

fué nunca un pueblo cruel y duro para nadie, y menos aún para sus hijos ilustres.

Armental oíala, suspenso, sin respirar, estático. Intentó expresarle su gratitud, pero faltábale el habla; la emoción se lo impedía. Se alejó ella y él permaneció silencioso viéndola alejarse. No habló, pero su organismo de hierro, templado para todas las luchas, no pudo resistir aquella impresión de gratitud, y sus pupilas se llenaron de lágrimas. Lágrimas de amor, de piedad, de consuelo, de fe... últimas gotas de sangre de una herida inmensa de cuarenta años que se cerraba al fín aquella noche... Que había

Digitized by Google

cerrado en aquel mismo punto el hada de la felicidad con sus dedos suavísimos de rosa.

Cuando despertó al otro día, era muy temprano; todos estaban recogidos aún; se fué al astillero sin hablar con nadie; al salir de Villa-Antonia creyó que empezaba á volver á la realidad; su sueño de aquella noche le había parecido prolongación de sus ideas antes de dormirse. ¿Cuánto tiempo estuvieron juntos la señora de Trueba y él la noche antes, allí, en la ventana del salón? Nunca se dió cuenta de ello. No recordaba tampoco lo que hizo ni si habló con alguien después de haberse alejado la señora de Trueba. No

Digitized by Google

recordaba el incidente que suscitó Mary; más bién que recordarlo, lo entrevía de un modo confuso, como la silueta de un buque en el mar á través de la bruma. Os parecerá increible, pero ni un solo momento pensó aquel día en Mary. La inmensa figura de la señora de Trueba llenaba los espacios en toda la extensión que sus ojos podían abarcar, hasta el punto de encontrarse siempre con ella; llenaba de tal modo su cerebro, que no quedaba allí un mísero y apartado rincón para acojer la figura de Mary, pequeñita y dulce, temblorosa y con los ojos llenos de lágrimas.

No fué á Villa-Antonia; quedá-

Digitized by Google

base de noche en la ciudad. Vióse le en los paseos y en los teatros; sonreía, hablaba, volvíase más comunicativo. Los ensayos de su comedia iban muy bién, pero se preocupaba poco de ellos con las ideas maravillosas que le tenían absorto. Una noble indulgencia había sucedido al escalpelo formidable de su crítica. Las calles, el cielo, los hombres, todo le parecía mejor, más atrayente, más digno; el sol calentaba con más dulzura; el aire azotaba con menos fuerzas; dentro de cada ser figurábasele vislumbrar un espíritu benigno y condescendiente; se reprochó su orgullo, su poca tolerancia de otros días para con los demás

Digitized by Google

hombres. En los pocos instantes que estaba en el teatro de día, contemplaba á los actores con admiración, sin aquel orgullo ciego de otras veces que le impedía ver las verdaderas cualidades de los demás, hasta el punto de creer solamente en las suyas; los parlamentos y las frases de su obra en labios de los artistas lograban adquirir un prodigioso encanto, una fluidez arrebatadora. Luego, al salir, en plena luz, después de dejar el antro negro de los bastidores, sentíase con ganas de gritar para que todo Medina-Jara le oyese:—¡Ahora sí que es hermoso el mundo!

Tenía horas de sueño verdade-

Digitized by Google

ramente delirantes, de noche, sobre todo, á solas consigo mismo en el cuarto de estudio del astillero, ó allí, en la grada, paseando con agitación febril bajo el inmenso casco del buque, dispuesto ya para la botadura. Como grán soñador que era, aunque le tuviesen todos y él mismo se tuviese por un grán matemático, abstraíase más en lo que menos podía interesarle; no en aquel soberbio buque que tantos millones costaba á la nación y donde él podía jugarse tal vez la honra y la vida, sino en su comedia, una obra sancionada ya por los públicos, sin otra novedad realmente para él que la de representarse

Digitized by Google

por vez primera en un teatro de Medina-Jara. Creía hallarse en la noche del estreno; veía la multitud y veía al teatro resplandecer con las luces de las lámparas, de los diamantes y de los ojos de las mujeres; veía las tres hileras de palcos como tres anchos festones decorados fantásticamente por algún genio maravilloso, con gasas, flores, diamantes, divinas cabezas de mujeres, espaldas desnudas que destellaban luz, y arriba, como contraste grandioso, el pueblo, el verdadero pueblo, la fiera, removiéndose impaciente, aturdiendo con su respiración formidable; oía ya el rumor indescriptible del palco al abrirse,

Digitized by Google

del roce de las faldas, del cerrar y abrir de los abanicos, de las conversaciones contenidas, de las risas veladas, el ajetreo de ir y venir, eso vago, confuso, pesadísimo, que ahoga y aturde y parece llenar los pulmones de miasmas que cortan la respiración y saturan el cerebro de imágenes confusas, haciendo latir el corazón del autor con fuerza desconocida, como corcel indómito que siente la espuela en el ijar; y todo este mundo veíalo, en fín, envuelto, como para completarse, en una atmósfera enrarecida con el aliento de la multitud, el calor de las luces, el humo de los cigarros que bajaba de las galerías ó intro-

Digitized by Google

ducíase á traición por las puertas de los palcos entreabiertos. Su espíritu abría las alas inmensas y las tendía sobre aquel público, su grán amigo, su hermano generoso y bién hechor, acariciándole y hambriento á la par de sus caricias; y estallando su imaginación de fuego y su corazón de luz, considerábase en tal punto como hijo pródigo que vuelve al hogar santo á recibir el perdón que anticipadamente le ofrecieron..... ¡Qué admirable máquina es el corazón humano! ¡Cómo gira siempre y ván sus engranajes por donde la voluntad misma del hombre la lleva sin él definirlo, haciéndole creer lo que él quiere creer,

Digitized by Google

haciéndole soñar lo que él quiere soñar! ¡Oh ilusión santa que mueres siempre aun antes de nacer ó apenas nacida, como si el contacto solo con la luz fuese á la vez sentencia que condena y verdugo que ejecuta!

Digitized by Google

III

Salía Armental de estos sueños, flagelado, rendido; después, una sutil filosofía hacíale comprender lo peligroso de tales deliquios, porque la decepción hubiera resultado así doblemente funesta. Decepción... Pero ¿de qué? ¿por qué?

Para desprenderse de todo aquello que le tenía cogido como con una garra descomunal, inclinábase sobre los planos en el gabinete de estudio, ó leía y releía la

Digitized by Google

memoria-proyecto de lanzamiento que presentó al ministro y por la cual había sido felicitado calurosamente. Era indudable: «el España iba á ser un buque maravilloso, orgullo de la nación y gloria del ingeniero que lo construía.» Repasaba anticipadamente en su imaginación todos los detalles de la botadura... Le era imposible; no se podía sustraer á algo de su sér mismo que iba delante de él siempre, como un ciego, sin norte ni guía. Dentro de Armental, del Armental ingeniero, del Armental matemático, del filósofo, del pensador, del calculista de voluntad indomable, orgulloso hasta la soberbia, severo hasta el despotis-

Digitized by Google

mo, del león, en fín, á quien el influjo de una mujer había roto las garras y las mandíbulas, había otro Armental, humilde como un niño, loco, soñador, poeta de poderosa fantasía, que forjaba de un golpe en su cerebro, como una explosión de luz, un gigante de un átomo y convertía en un mar una gota de agua. La labor meritísima de la señora de Trueba había consistido en ir separando á un Armental de otro, no solamente con una habilidad extraordinaria, sino con una fuerza de voluntad admirable que ninguna otra hubiera podido resistir. Y ese Armental que subsistía, sin pensar para nada en el otro, en el que

Digitized by Google

había muerto, ó yacía amarrado con cadenas en prisión invisible, de la que tal vez no pudiese salir nunca, ese Armental era el que ahora entregábase á sus hermosos optimismos sobre su porvenir, optimismos justificados, lógicos, razonables, en lo que se relacionaba con el lanzamiento del buque. Armental confiaba ciegamente en sí mismo, de igual modo que el gobierno y la nación entera habían confiado en él.

La botadura sería el 9. Faltaban seis días. Todo estaba prevenido; las invitaciones hechas; diferentes paises anunciaron representantes para presenciar el acto; las principales casas constructoras man-

Digitized by Google

darían también ingenieros de gran reputación; esperábase al ministro de Marina.

Los operarios del arsenal trabajaban día y noche ultimando ciertos detalles. El inmenso buque, sujeto solamente con una amarra por la parte de proa, manteníase sobre infinito número de puntales, que caerían á la vez, á una señal del ingeniero. Entonces el España deslizaríase majestuosamente, resbalando su quilla sobre las cajas de grasa, hasta caer en el mar al sonido de las músicas y las aclamaciones de la multitud, flotando mientras en todas partes gallardamente la bandera española.»

Digitized by Google

Pero nunca, al pensar en su drama, en su buque ó en su tierra, nunca dejaba de ver, detrás de todo aquello, como podríamos ver, disfuminada dulcemente detrás de un primer término de bellísimo colorido, dándole más realce, aunque esté más desvanecida, una noble visión de rostro puro y benévolo, continente grave y mirada de una misteriosa y atrayente negrura, como esos abismos á donde quisiéramos arrojarnos y morir alegres, solo por ver lo que en su fondo hay. Aquel hombre, orgulloso de su saber, soberbio por la misma conciencia de su sabiduría, despótico, absoluto hasta entonces con sus

Digitized by Google

inferiores, feroz, indomable con aquellos que por encima de él estuviesen, había llegado á convenir consigo mismo en que toda la fuerza de su talento maravilloso nada sería ya para él en adelante sin la egida de la visión adorada. ¡No era ya precisamente en su gran talento y en su loca fortuna en lo que más fe tendría como le faltase aquel talismán precioso de la amistad de la señora de Trueba!

No pensó más en Villa-Antonia; aunque hubiera querido sobreponerse á todo aquello, había algo de una atracción fatal que le empujaba por otro camino.

Dos días antes de la botadura

Digitized by Google

encontró Armental á la señora de Trueba en el astillero... No, no iba ella; tuvo mucho cuidado de advertirlo; acompañaba á unas señoras que la habían invitado y ella aceptó, alegrándose mucho. Las señoras acababan de entrar en el pabellón del jefe del astillero, y ella, que no frecuentaba el trato de aquellos señores, prefirió esperar paseando con los niños. Con los niños iba toda la impedimenta de institutríz y demás trastos de la cohorte.

El encuentro aturdió á Armental, le desconcertó completamente, aunque la señora de Trueba procuraba animarle con sus más bellas palabras. Perdía Armental

Digitized by Google

su aplomo, su sangre fría, las facultades nobles que al humano engrandecen, de pensar y sentir, delante de esta mujer. Ella ejercía su dominio inmenso, como si no lo notara; su sonrisa era siempre noble y jovial, con esa jovialidad de la mujer que pasa por el mundo cumpliendo su misión; rozándose con todas las podredumbres sin verlas, no comprendiéndolas si las vé, no manchándose con ellas si las comprende. Armental quería acompañarla por los departamentos del arsenal, como hizo en otra ocasión con Mary y Núñez de Hijosa, pero no encontró palabras para hacer su ofrecimiento;

Digitized by Google

fué preciso que la señora de Trueba lo dijese echándose á reir. «En verdad, el famoso ingeniero no tendría mucha confianza en su buque cuando no se atrevía á invitarla á visitarlo. Sin duda temería que se hundiese la cubierta protectríz de acero fundido, con la huella de sus piés. No, no peso tanto.» Y golpeaba con sus piés en la arena, hundiéndolos hasta los tobillos. ¡Ay! Armental pensó por un momento que el poder de la señora de Trueba sería sobrado como á ella se le antojase para hundir la poderosa plancha como hundía la menuda arena con un golpe nada más de los taconcitos de sus botinas.

Digitized by Google

Como por una alucinación irrisoria, hubo un segundo en que vió aplastado su poderoso buque de acero de once mil toneladas, y él mismo se sintió aplastado también con su buque por aquel pie diminuto.

Digitized by Google

Digitized by Google

IV

Fué una idea extraña de la que se rió interiormente. Habló entonces: «No le había parecido oportuno hacer el ofrecimiento, en la duda de si querría separarse de las otras señoras.» Ella se encogió de hombros imperceptiblemente, y dijo á uno de la *impedimenta* que avisase en el pabellón á sus amigas: «las esperaba en el *buque nuevo* con el señor de Armental.» Y allí se encaminaron.

Digitized by Google

Armental fué un cicerone fidelísimo, pero le resultó el trabajo mucho más difícil que en otra ocasión con los Núñez de Hijosa. No estuvo esta vez afortunado como aquella; no habló inspiradamente como lo hizo entonces, hasta el punto de asombrar á su amigo; permanecía silencioso mucho tiempo y acariciaba las cabecitas de las niñas, mirándolas intensamente con sus ojos febriles, hasta que las niñas corrían de su lado, yendo á replegarse en la falda de la señora de Trueba.

La señora de Trueba quiso subir al buque: salir del astillero sin poner la planta en aquel famoso buque hubiera sido imperdona-

Digitized by Google

ble; quería sellarlo con su pie; quería ponerle su marca. Y reíase con aquella risa de mujer buena, que sabe que todos sus pensamientos y sus palabras han de ser apreciados en su valor justo. La institutríz quedóse con las niñas, que parecían absortas viendo á su madre trepar con lentitud por unas escaleras, de las que había acá y acullá, en los dos costados del buque para el servicio de los obreros.

Anduvo por la cubierta, preguntándolo y curioseándolo todo; como si no pudiese evitarlo, iba de puntillas, cual si temiera abollar, efectivamente, la poderosa plancha de acero con sus menu-

Digitized by Google

dos piés de andaluza; algunas veces abría los ojos desmesuradamente, admirada como una niña, «de aquello tan grande», y quedábase como si el pasmo y la admiración la cogieran toda para no salir de ella nunca. Después, la vió Armental recogida y grave, como reflexionando en los destinos que tal vez tuviera que cumplir aquella inmensa mole de hierro, y lo que podría á la vez influir la realización de aquellos destinos en el de la pobre patria moribunda.

Armental la contemplaba fijamente, y creía ver aquel pensamiento, elevándose con el suyo, en los espacios sin fín, perdidos

Digitized by Google

los dos entre el cielo y el mar. Los trabajadores, al pasar y cruzar en sus faenas, los miraban furtivamente, pero ellos parecían estar solos; avanzaron hasta la popa, inclinada suavemente hacia el mar. Las niñas, desde allá, desde el fondo, recostadas en la arena, gritaban y reían al ver aparecer á su madre; ella les hizo con la mano un signo cariñoso y les volvió la espalda bruscamente. Hubiera hecho sospechar al observador, aquel movimiento brusco de la señora de Trueba, que los sentimientos de su alma no tenían relación en aquel instante con la conmovedora ternura que pudieran inspirar aquellos

Digitized by Google

cuerpecillos de ángeles, jugueteando sobre la arena.

Había detenido un operario al ingeniero respetuosamente para hacer una consulta; ella siguió avanzando y llegó antes; Armental quedó admirándola después, desde lejos, mientras ella contemplaba la extensión, puesta una mano en la borda, inmóvil, grave, como aquella augusta visión que había creido ver en sueños, egida de su buque y de su vida. ¡Y Armental amaba la vida! La amaba con ardor, desde que había experimentado sensaciones enteramente nuevas que elevaron sus pensamientos y los de la humanidad á sus propios

Digitized by Google

ojos; amaba la vida, y se aproximó rápidamente á la señora de Trueba, como si le pareciese de pronto, por secreto impulso, que una ligera indicación nada más de su pequeña mano enguantada, podría ser árbitro de su destino.

Se aproximó á ella, y sorprendió anhelante la mirada que tenía fija en el mar. Aquellos ojos de intensa y sombría negrura, fijos entonces en el mar, como si quisiesen descubrir sus secretos profundos, parecieron al hombre un abismo hundiéndose en otro abismo, como suelen ver hendidas las fantasías inquietas, las sombras de la noche, por otras sombras.

Digitized by Google

Siempre había visto Armental en la señora de Trueba una mirada límpida, con esa grave dulzura que tiene la madre en los ojos para contemplar á sus hijos; siempre había pensado Armental que aquella mirada de la señora de Trueba era un reflejo fiel de la índole generosa de su sangre; muchas veces lo pensaba con profundo dolor: «aquella mirada no era para él; era para todos; la señora de Trueba miraba así.» Pero pensó entonces con sobresalto misterioso, que quizás á nadie miraba la grán señora como á él. Aquella mirada sombría y dura, fija en el mar, como una hoja de acero con que quisiera hendirlo,

Digitized by Google

se tornó dulce y acariciadora, cuando él se aproximó; la alegría más pura irradiaba en el rostro de la mujer, antes sombrío, bañándolo de repente en suave resplandor, como si un rayo de luz, al entrar por una grieta, iluminara una flor en las paredes de un abismo.

Digitized by Google

Digitized by Google

V

La señora de Trueba manifestó sus impresiones ingenuamente: «Al quedarse sola, mientras Armental oía al operario, pensó en la guerra, en los gritos de triunfo, en los ayes de muerte. ¿Qué misión estaría reservada á la magnífica fortaleza de acero que tenía entonces bajo sus piés? ¿Concluiría en algún arsenal, de pontón, como viejo caduco? ¿Lo haría pedazos una enorme sacudida de las olas? ¿Acabaría en lucha formidable con otros buques enemi-

Digitized by Google

gos, barriendo de hombres sus cubiertas, con las oleadas de hierro y fuego de sus cañones, y hundiéndose al fín en el abismo como un coloso que se desangra por las cién bocas abiertas de sus heridas.»

Acabaría, sí, todo acaba; pero ¿acabaría cubierto de gloria como gladiador que vence ó muere, ó tendría un fín vulgar, sin gloria, sin brillo, como vive y muere todo por desgracia en esta edad positivista?

Al oir aquello, sintió Armental una impresión dolorosa. Le pareció ver al buque hundirse lentamente; le pareció que las aguas se abrían con lúgubre majestad,

Digitized by Google

como la boca de un dios apocalíptico, haciéndole desaparecer para siempre. Sintió angustias mortales, viendo á su «España» bajar, hundirse, disparando el postrer cañonazo, como rugido poderoso del gigante en la última convulsión... Y al pensar en la bandera, viéndola hundirse también detrás del buque, como una raya de fuego, pálido, convulso, dijo ahogadamente:

—No, yo no lo veré, porque estoy seguro de morir antes, pero mi corazón me lo dice: acabará cubierto de gloria.

La señora de Trueba se encogió de hombres con cierta filosofía extraña en una mujer:

Digitized by Google

—¡Bah!,—dijo, golpeando ligeramente con la pequeña mano enguantada en la borda del buque, —de cualquier enfermedad puede morir este gigante menos de una hartazón de gloria, esa epidemia, de que han querido morir siempre todos los españoles, sin haberlo logrado nunca. Por esa razón, España es una virgen loca, que vá estrellándose la cabeza por las esquinas... En fín, no saldré del asunto,—añadió sonriendo hechiceramente.—Este barco es una obra colosal, cierto; pero no olvide usted que las organizaciones más robustas, son también más propensas á una muerte vulgarísima.

Digitized by Google

Armental sentíase apenado; le lastimaba la ligereza que aquellas frases parecían demostrar. En aquel punto, la señora de Trueba hacíale el efecto de una enfermera solícita, que se complace de pronto en contrariar, en herir, en hacer daño, á sabiendas, pacientemente, al enfermo á quien antes con tanta dulzura sobrellevó. ¡Tenía algo que decir, pero no se atrevía! Por otra parte, su espíritu, cegado por el esplendor deslumbrante del ídolo, buscaba servilmente un punto de apoyo para lanzarse desde allí con el espíritu de la señora de Trueba; buscaba, dicho con más claridad, una razón, no para contradecir

Digitized by Google

á la señora de Trueba, sino para contradecirse él, una razón para exponerla contra sí mismo, de tal modo, que le hiciera comprender que la señora de Trueba no se equivocaba. «Y bién, ¿por qué no habría de tener razón la señora de Trueba?»

Sin embargo, como ansioso de oir nuevos argumentos que le convenciesen, añadió con timidéz:

—¿Cómo es posible que usted no crea en las gloriosas tradiciones de nuestro pueblo?

—La tradición es un mito; cuando se quiere estudiar y juzgar á un pueblo, la tradición huelga: con la Historia basta.

—Pues bién, la Historia, esa

Digitized by Google

vieja Historia, monumento de honor, que la raza ibera fué levantándose á sí misma durante grán número de siglos.

—Viejas historias;—afirmó la señora de Trueba con una risilla cáustica, que se clavó en el corazón de Armental como un cuchillo. ¿Quién sabe? Estudié eso profundamente. ¡Hé aquí una disyuntiva! Ó somos unos degenerados, ó somos lo que antes fuimos. Si degenerados, no habrá quien evite que el buque de usted muera sin gloria... como han muerto otros;—y subrayó las últimas palabras con la risilla aterradora.—Si no hemos degenerado, por lo que somos hoy,

Digitized by Google

puede juzgarse lo que seríamos ayer.

Armental mirábala con terror. «¿Qué era aquello?» La señora de Trueba siguió en un tono que él no había oido nunca; un tono seco, frío, que helaba la sangre.

—Los españoles de Dios, Patria, Rey, que son todos los españoles, aunque algunos se vistan de alerquín, llenándose exteriormente de colorines, olvidan la palabra más gráfica en su lema; no son tres palabras, son cuatro: la que falta es *Vanidad.* Esa vá delante de Dios; tanto es así, que sobra el resto de la divisa. La vanidad es el Dios, la Patria y el Rey de todo español neto.—La se-

Digitized by Google

ñora de Trueba se echó á reir, viendo el asombro y el dolor que se pintaban en el semblante de su amigo. Se echó á reir, pero no guardó silencio aún.

—La luz suavísima que de ese dios irradia nos hace verlo todo con colores muy dulces; por esa vanidad, el caudillo que jura morir antes que entregar una plaza, entrega la plaza, no muere y sigue creyendo que está en el escalón más alto de su gloria. Por esa vanidad, otro príncipe de la milicia puede venir de la guerra vencido, que eso es regresar sin vencer, y admite honores por hechos gloriosos que no llevó á cabo, considerándose de muy buena fe

Digitized by Google

merecedor de esos honores. Por esa vanidad, nueve indivíduos, á quienes busca el diablo para regir una nación de diecinueve millones de indivíduos, pueden perder esta nación, pueden hundirla, pueden deshonrarla, y creer con mucha sinceridad que se sacrifican por su pueblo, y que este pueblo, al juzgarle mal, es ingrato. Por esa vanidad, pueden pensar los nueve en oposición de lo que piensan los diecinueve millones, y estar seguros de que ellos son los que no se equivocan. Por esa vanidad, ningún español se deja gobernar por nadie, esperando cada uno en su fuero interno el día en que él gobierne á los otros. Por esa va-

Digitized by Google

nidad, elévase el poeta, trabaja el inventor, visita el médico, pelea el héroe, levanta palacios el arquitecto, el ingeniero perfora montes ó construye navíos; y si el poeta se rompe el alma en el suelo, no se culpa él, que se remontó á las nubes, culpa á los demás que no se pusieron debajo para que él no se lastimase; si el inventor presenta una tontería, no se culpa tampoco, por no haber presentado otra cosa, culpa á sus enemigos (que no existen) enemigos rastreros, infames, que le han declarado la guerra; si el médico mata, no reflexiona que ha matado, se sube en lo alto de su sabiduría y contempla desde allí con

Digitized by Google

desdén á los parientes del muerto, afirmando que el muerto se murió porque quiso; si el militar pierde una batallla, nò vé que la perdió, sino que la perdió con gloria; si el palacio se cae antes siquiera de que lo habiten; si el túnel se hunde antes siquiera de que el primer trén lo atraviese; si el barco se despedaza en la botadura, ni arquitectos ni ingenieros verán en todas esas ruinas la obra suya. Ninguno aprenderá en el fracaso, porque ninguno cree que fracasó; y el poeta sigue estrellándose en el mismo sitio, el inventor sigue inventando el mismo invento, el médico sigue matando con la misma receta,

Digitized by Google

el militar sigue perdiendo batallas gloriosamente con la misma táctica, los palacios y túneles siguen hundiéndose, los buques despedazándose, y todo esto se debe á la vanifiad. Con esa vanidad se escribe también la Historia; por eso abulta tanto.

Armental sufría el más horrible suplicio; aquella mujer no era la señora de Trueba. Queriendo emplear un tono frívolo, exclamó sumisamente:

—¿Y qué haremos de nuestra Historia, si ya existe?

—Quemarla.

Él no contestó; tenía los ojos fijos en las olas; olas parecían sus ideas, olas estrellándose á los piés

Digitized by Google

de una figura inmensa que se iba levantando en su cerebro; la figura de aquella mujer hermosa, genial, grande, apoyada en la borda del buque, con los ojos fríos clavados en las olas también, como si esperasen ver brotar del fondo alguna siniestra visión evocada por su conjuro. «No, aquella no era la señora de Trueba; la señora de Trueba, la que él había conocido, la que le había salvado, estaba allí en su imaginación como una luz formidable que nada conseguiría extinguir, una luz que hacía obscurecer todos sus pensamientos, postrándolos, humillándolos. No podía, no quería reflexionar. Sentíase cruelmente

Digitized by Google

herido, sin saber siquiera que fué lo que le hirió. Aunque intentaba serenarse, érale imposible. Quería substraerse de aquella aglomeración de ideas confusas, ardorosas, que le atormentaban, y no le era posible tampoco. Quería hablar y callaba, quería mirar á la señora de Trueba y la veía sin volver á ella los ojos; estaba allí, en su imaginación, como un foco de luz divino; estaba allí, en el fondo del mar, como una diosa fantástica; estaba allí en el cielo azul, como un angel en el fondo de oro de una nube. Veía todas aquellas mujeres, siendo una misma, y no veía á la que estaba junto á él, la verdadera, la corpórea, la tan-

Digitized by Google

gible, la señora de Trueba de carne y hueso, que le miraba entonces de un modo que el no podía ver, con una mirada orgullosa, triunfante, de superioridad, de fiereza, de desprecio, todo junto; la ardiente y dura mirada clavábase en el hombre, como el puñal de los antiguos tiranos hundíase hasta el pomo en el cuello de la víctima aborrecida.

Armental, sin explicarse el verdadero motivo, quizás bajo el peso de aquella mirada que no veía, sintióse desfallecer. ¡Oh, cuán negro lo halló todo alrededor suyo! Pareciéndole que la señora de Trueba no era la misma en aquel instante, no pensaba

Digitized by Google

en lo que él mismo había cambiado.

Pero si alguna herida había recibido, la señora de Trueba la curó de pronto, la cerró, la acarició, besó la cicatríz con besos del alma, de los que sabe dar una mujer cuando quiere de verdad que se la perdone. Para lograrlo escogió un tono de infinita dulzura; un tono que tampoco había oido Armental hasta entonces, blando, sumiso, acariciador... Armental creyó sentir el alma de la señora de Trueba que salía con su aliento para decirle:—En resumen... Y concluimos por donde se empezó; tengo también mi vanidad, pero soy mujer antes que

Digitized by Google

española; soy mujer, y mi alma sufriría cruelmente viendo hundirse en el mar este barco, fuera por lo que fuera; pero otro sentimiento, además de mi españolismo, haría entristecer mi corazón, yo se lo juro; el sentimiento de pensar que la obra gigantesca que el mar haría pedazos, era una obra de usted.

Y Armental lo olvidó todo. Quedó en silencio. No sabía ocultar sus impresiones. Aquel silencio era de gratitud. ¡Inmenso diamante de millones de facetas, solo brillaba, sin embargo, la que aquella mujer, como luz prodigiosa, quería herir! ¿Qué hubiera creido, qué hubiera hecho Daniel

Digitized by Google

de Armental, si la señora de Trueba hubiese predicado el crimen?

Sí, lo había olvidado todo. Aunque la señora de Trueba no habló más, estaba él oyéndola aún; solo tenía oidos para aquello, solo veía entonces, en la señora de Trueba, aquella figura simbólica, á la que había en su alma consagrado, como imagen noble de su devoción. No ensordecía sus oidos la barahunda enloquecedora de los mil operarios que trabajaban en el buque, y nunca como entonces precisamente, parecieron crujir, silbar, arrastrarse, retorcerse los pernos, las cadenas, los machos, las chapas, los martillos, los engranajes, las

Digitized by Google

voces, retumbando, repercutiendo en el vientre colosal del mónstruo, como una música formidable en honor de aquella divinidad de mujer, cuyo busto fuerte y gentil se recortaba en el cielo, dibujando con dulzura sus líneas maravillosas.

Poníase el sol; los trabajos suspendiéronse de pronto; al anterior ruido sucedió en el buque una calma siniestra. Las gaviotas mecíanse blandamente en sus columpios de cristales, y las olas iban á estampar sus besos en las arenas de la playa, dejando allí sus caprichosos dibujos de espumas.

Armental tuvo que responder

Digitized by Google

de pronto á una pregunta de la señora de Trueba: «¿Había estado en Villa-Antonia?» Esto le sacó de su abstracción. Contestó muy bajo, como si temiese tal vez que Mary le oyera. «No, no había ido á Villa-Antonia desde aquella noche en que tan extrañamente se produjo Mary.»

Una sonrisa melancólica fué la respuesta inmediata de la señora de Trueba. Sus facciones, su acento, expresaron una conmiseración tierna y triste. Se lo recordó á Daniel con mesura: «había séres en el mundo acreedores á su estimación y gratitud. Los Núñez de Hijosa eran de aquellos séres.»

Armental se sintió turbadísi-

Digitized by Google

mo. No había pensado en Mary hasta que su amiga le habló de ella. En realidad, ¿merecían los dueños de Villa-Antonia tan ingrata conducta?

La señora de Trueba no habló ya. Era tarde, y bajó del buque para reunirse con sus hijas y las otras señoras á quienes veía ya aproximarse. Parecía preocupada. Armental iba con ella.

Muy pronto se separó de sus amigas. Armental siguió acompañándola. En el Guadalvo, al pie del muro que sostenía la verja del jardín, detuviéronse un instante. Corría un hilo de agua, lamiendo rastreramente el paredón del otro lado de la casa roja.

Digitized by Google

Algunos pilluelos se entretenían en hacer cambiar su curso, cegándole con arena por una parte y abriéndolo por otra.

«¿Cómo en brevísimos momentos aquel arroyo sutíl, que los niños llevaban á su gusto de acá para allá, cual si estuviesen adornando la arena con cintas amarillas, podía crecer, rugir, levantarse monstruoso y destrozar un pueblo?»

Fué Armental quien hizo esta reflexión; la hizo en voz alta maquinalmente.

La señora de Trueba le miró un instante; había inquietud, zozobra en aquella mirada, como si hubiese temido hallar otro pen-

Digitized by Google

samiento velado detrás de aquella reflexión. Sonrió á seguida tranquilamente, segura tal vez de que Armental había dicho nada más que lo que había pensado. Luego repuso con lentitud:

—Sí, la ciudad está amenazada; ese arroyuelo con que los chicos juegan, puede hacerla desaparecer un día.

—¿No tiene usted miedo de vivir tan cerca del río?

—No,—repuso ella, echándose á reir;—conmigo no se atreve.

Armental la miró. ¿Tendría algún pacto firmado con el río?

—Sí, un pacto solemne y misterioso,—afirmó ella entonces con mucha seriedad;—mediante ese

Digitized by Google

pacto, nunca su lengua fría ha de tocar al deslizarse á espaldas del jardín, un grano de arena, ni una hoja de flor, ni un hilacho de nuestros vestidos. Hasta hoy cumplió religiosamente, aunque ya sabe usted que estuvo un día á punto de traicionarme.

—¿Qué concesión hizo usted en cambio?

—Una sola.

Titubeó un momento, como si dudase en proseguir.—Vamos, —exclamó de pronto, empujando con suavidad á las niñas. Y quedó callada.

Rodearon el edificio para llegar á la puerta principal. Entraron las niñas y la institutríz. Obscu-

Digitized by Google

recía entonces. La calle, poco concurrida generalmente, estaba sola. Allá, en el fondo, empezaban á arder algunos reverberos.

La señora de Trueba se detuvo en el zaguán. No había contestado antes como si estuviese abstraida. Empezó á hablar de otra cosa, allí, en el mismo zaguán, cuando iba á tender la mano á su amigo para despedirse. «El señor de Trueba llegaba al día siguiente; eran vivísimos sus deseos de hablarle; sin su anuencia nada se haría; pero confiaba en su marido, que era un hombre de honor. Él sería su aliado en la grán obra. Que no lo olvidase Armental, se lo aseguraba, se lo repetía, para

Digitized by Google

que no lo olvidase; era cosa resuelta; la noche del mismo día de la botadura, la solemne función teatral; á la otra noche, otra función más solemne aún, allí en los mismos salones de su casa..... ¡Función de desagravio!» Y dijo las últimas frases sonriendo como una santa.

Armental protestó confusamente, muy conmovido. «Era ya mucho; no lo consentiría; imposible.» Ella le miraba sin dejar de sonreir.—¡Bah!, —murmuró,—ya veremos; usted no puede excusarse. ¿Qué sería de la fiesta sin su héroe? Usted recibirá su invitación por fórmula, pero no la necesita.

—¿Y si no vengo?,—preguntó

Digitized by Google

él, queriendo sonreir, pero con el corazón oprimido de felicidad.

—Mandaría yo por usted.

—¿Y si no vengo?, —repitió Armental temblando.

—Iría yo mismapor V.,—replicó la Sra. de Trueba gravemente.

—¿Usted?

—¿Quiére usted que se lo jure?

Hecho Armental para la lucha, era, no obstante, silencioso y tímido cuando la gratitud le conmovía; pero en aquel momento sintió un impulso formidable que no le fué posible reprimir; cogió, sin reflexionar, la mano que la señora de Trueba le había tendido, la estrechó entre las suyas calenturientas, y la besó ardien-

Digitized by Google

temente una y otra vez. La señora de Trueba murmuró algunas frases confusas, como ahogadas por la emoción, pero no hizo esfuerzo ninguno para soltarse. La soltó él al fín, y ella entró en la casa rápidamente sin hablar.

Digitized by Google

Digitized by Google

VI

Volvía Armental al astillero en un estado de agitación indescriptible. Le parecía que soñaba; quería absorberse en el estudio para no pensar en otras cosas. Detúvose de pronto junto al *dique*. Se acordó de Mary con grán inquietud. Analizando sus impresiones de aquel día, una satisfacción inmensa llenaba su alma. Al reflexionar en aquellas disertaciones incomprensibles de la señora de Trueba, una nube ex-

Digitized by Google

traña parecía envolverle; pero muy pronto disipábase, dejando ver en toda su pureza de líneas aquel fantasma halagador y resplandeciente que le llevaba de la mano desde hacía algún tiempo por sendas nuevas y encantadoras. Las últimas sensaciones de aquella tarde, al despedirse de la señora de Trueba, hiciéronle olvidar completamente las que había experimentado oyéndola hablar al principio en el buque. Pero al separarse de ella, al substraerse un poco de aquel influjo dominante y avasallador, á que había estado sujeto algunas horas, el pensamiento ávido tendió las alas y se fué á Villa-Antonia.

Digitized by Google

Pero ¿por qué sintió tan grán inquietud al pensar en Mary?

No llegó al arsenal. Detúvose ante el dique; había obscurecido, y todos los objetos reverberaban ante sus ojos con extraña precisión, como si los viese en pleno día. «¡Pobre Mary! ¡Era imposible que su recuerdo pudiera inspirar inquietudes tan profundas! ¿Qué era aquello? Sí, ya conocía él aquellas inquietudes; se acordaba de sus últimas entrevistas con la mujer de Núñez de Hijosa.

Subió maquinalmente unos peldaños abiertos á pico, en el inmenso muro; se halló en lo alto; allí se respiraba más fácilmente la fresca brisa de la tarde. Era el

Digitized by Google

aliento del mar que llegaba hasta él, embalsamado con fragancias de claveles y jazmines.

Quedó de pie sobre el terraplén, de espalda al mar, con los brazos cruzados sobre el pecho, inmóvil, absorto al parecer en la contemplación de aquellas sierras encrespadísimas como inmensos gigantes recostados unos sobre otros; aquellos gigantes, cuyas estribaciones que arrancan á la salida misma de la ciudad, son los principales afluentes del Guadalvo, que tantas ruinas siembra en su brevísimo curso. Allí, al pie casi de aquellas estribaciones, estaban las huertas frondosas en una y otra margen; más acá la

Digitized by Google

abigarrada línea del caserío de las dos riberas, defendidas por los negros muros que al Guadalvo encajonan, y alguna vetusta torre de iglesia que se levanta sobre los tejadillos desiguales cubiertos de líquenes. Más abajo aún, viniendo siempre hacia el mar, el primer puente que une los arrabales del Norte, y debajo del puente aquella aglomeración extraña y típica, fantástico conjunto de chozas derrengadas, tingladillos, casuchos de maderas viejas, exposición y venta permanente—mientras el río lo permite, porque á lo mejor lo arrastra y desaparece en un segundo—de todo lo viejo que en Medina-Jara hay,

Digitized by Google

en ropas, herrumbres, quincallería mohosa, objetos de cerámica, primitivos por su figura y por sus años, libros rotos, pescado frito, frutas podridas, encajes sucios, uniformes de la revolución y de la guerra de Africa, cuanto un cerebro delirante puede concebir, toda la secreción, por último, de una ciudad inmensa, depositada en aquel sitio, con el objeto aparente de ser útil todavía, pero esperando en realidad que el río la barra. Es el único favor con que el Guadalvo puede corresponder en todo caso al tributo de víctimas que Medina-Jara le rinde y que á su vez el río tributa al mar. Después de este espectáculo,

Digitized by Google

al que dá su nota centelleante la multitud que se apiña para hacer sus compras, ó pasa y cruza rápidamente de un barrio á otro, contémplase el cáuce del río seco y polvoriento, el segundo puente después, techumbre hospitalaria en todas las estaciones, de bueyes que rumían tendidos con placidéz junto á sus carretas, y mendigos envueltos en sus harapos, semejando montecillos de basura, dispuestos ya por la escoba para caer en los carretones. Otra vez preséntase el cáuce arenoso y triste, con enormes pedruscos á un lado y profundas hondonadas en otro; el último puente á seguida; después del puente, la nota

Digitized by Google

esplendorosa del jardín de la señora de Trueba, y al fín, entre la boca del río y el astillero, la muralla enorme donde estaba Armental, aquella muralla, derruida y restaurada mil veces, valuarte único con que el arsenal cuenta para defender su suelo del río á quien se lo ha usurpado.

Pero el río no está conforme con esta usurpación. Al bajar imponente, soberbio de hermosura y cólera y sembrando ruinas, descarga su frente colosal sobre la muralla; la muralla retiembla, pero se mantiene firme; alguna vez le abre el gigante una inmensa boca, métese por ella rugiendo en el arsenal, destruye, arrasa,

Digitized by Google

pero la boca por donde entró, la encuentra cerrada en la nueva arremetida, cuando transcurre algún tiempo; se retuerce entonces iracundo, aterrador, descargando allí los inmensos bloques que consigo trae, y escurriéndose á la derecha, sigue la línea que el murallón le marca y vá al mar por donde la aberración quiere llevarlo y no por donde él quiere y debe ir. Aunque es de más resistencia el muro de contención del arsenal que el del jardín, le es más fácil al río descargar su rabia contra el del arsenal, porque lo coge de frente é interrumpe su curso en todo el ancho de lo que debiera ser su desembocadura,

Digitized by Google

haciéndole desviarse á la derecha y torcer de un modo brusco para llegar al mar. El jardín no; el jardín está á un lado; el agua se desliza mordiendo siempre, sí, pero sin ímpetu bastante para destruirle. El jardín de la señora de Trueba, podrá ser invadido; el agua podrá subir hasta desbordarse en su interior, pero será rastreramente, levantándose silenciosa, con lentitud, cogiéndose al muro con sus mil uñas lívidas, escalándolo, sin usar de la fuerza que allí le es inútil y que guarda con encono para el enorme murallón. En las grandes crecidas, mientras el coloso estréllase de cabeza, como un formidable

Digitized by Google

ariete sobre el no menos formidable muro, dentro, en el arsenal, los hombres trabajan tranquilos, cantando quejumbrosas tonadas andaluzas para hacer la labor más llevadera, ó encaramados, en sus instantes de asueto, sobre el terraplén que forma el muro, contemplan absortos, con esa atracción invencible que produce el abismo, el formidable choque de las aguas, para verlas retroceder hirvientes, salpicando á grán distancia sus lívidas espumas y precipitándose al fín por el curso que el dique le impone, domadas, silenciosas, vencidas. De este modo preconízase una vez más la fatal ley de que la

Digitized by Google

aberración se imponga á la lógica, esa lógica, de que carecen por completo en Medina-Jara, á lo que se debe—lo afirmo sin vacilar—el bienhechor reposo que aquel grán pueblo de irresponsables disfruta.

Así como algunos hombres se distinguen por su originalidad, hay pueblos también que, por su originalidad, cobran fama y son muy renombrados; Medina-Jara es la ciudad española que más reputación tiene por sus originalidades; pero las originalidades de Medina-Jara son aberraciones. Medina-Jara es una aberración; no importa la fama de su clima, la fertilidad de su suelo, el sol

Digitized by Google

esplendoroso que la alumbra, el mar arrullador que la baña, su vegetación poderosa, eterno marco de verdores de la risueña maravilla andaluza; no importa para que la aberración exista: la lleva la ciudad encarnada en sí, existe en ella misma; es producto de todo cuanto de ella emane. Como obra de Dios es perfecta: la aberración está en los hombres, en sus hijos. Medina-Jara no merece sus hijos; los hijos de Medina-Jara son su pena, su muerte: son más que su pena y más que su muerte; los hijos de Medina-Jara son su ultraje. Yo representaría á Medina-Jara en una matrona hermosísima, vestida de

Digitized by Google

harapos, con los ojos cansados de llorar las aberraciones de sus hijos.

Para hacerse allí cargo de la aberración moral—¡la más espantosa aberración!—es necesario que transcurra el tiempo, no mucho; que palpite nuestro corazón entre aquellos corazones; que tropiece uno con la lóbrega callejilla donde nacen y se atropellan aquellos sentimientos; pero en lo material, propiamente dicho, se observa inmediatamente; es la primera impresión del observador, en el detalle ínfimo como en el ejemplo de trascendencia. Allí tienen que registrarse anualmente catástrofes espantosas producidas por

Digitized by Google

el río, y allí hay un proyecto aprobado, de ejecución fácil, para desviar el río por las afueras. Esta desviación daría como inmediato resultado suprimir el espantoso tributo que el río cobra con el derecho del mas fuerte, en sus viajes al mar, tributo que coge á su paso con sus cién lenguas y sus cién garras; esto, por lo que se refiere al tributo horrible: como ornato, como utilidad pública, puede el lector figurarse lo que Medina-Jara ganaría con todo aquel lecho del río urbanizado, lleno de calles, de construcciones, convirtiéndose, en fín, en arteria, la principal y más rica, lo que hoy es, y continuará siendo, la

Digitized by Google

amenaza constante, el canalón apestoso, la grán miseria, el sambenito, el inri de Medina-Jara. ¡El proyecto de desviación del Guadalvo tiene ya medio siglo!

Es un pueblo donde las bellezas que encontreis son naturales, sin que los hombres hayan hecho poco ni mucho para ayudar á Dios en su obra. Si allí construyen un edificio como el ornato exige, que embellezca un lugar, no se estudió ni se trabajó para esto, yo os lo aseguro; si sentó allí bién, fué un acaso; si hubiese sentado mal, lo mismo lo hubieran construido, contra ordenanzas, contra reglamentos, sin decoro y sin ley. Medina-Jara es

Digitized by Google

pobre, no de nacimiento, sino robada, desgarrada, arrancados uno á uno los filones de su riqueza por sus Tayllerand y sus Colbert, como arrancaría un vampiro del cuerpo de una virgen el corazón, los pulmones, para chuparlos con éxtasis libidinoso. Allí está Medina-Jara hermosísima, pero muerta; los que la devoran son los que no mueren. Es un cadáver hueco; se lo han arrancado todo. Aquellos hijos se comen á su madre.

La salvación de Medina-Jara sería hacer de ella una grandiosa estación invernal; pero como todos sus dones son naturales, esto es, el clima, el cielo y el suelo, aunque su fachada diga otra cosa,

Digitized by Google

porque le ocurre lo que á los ricos orgullosos venidos á menos, que aparentan exteriormente lo que no es; como todas sus riquezas, digo, son el clima, el suelo y el cielo, necesita seducciones de otra índole, ese *confort* del verdadero lujo, en una ciudad consagrada á estación de invierno, hoteles, paseos, facilidades en las comunicaciones... Esto es sencillísimo; en Medina-Jara no se hace; cuando á cualquier desgraciado se le ocurre un pensamiento felíz, para resolver el problema, se le empuja, se le sacude fuerte, para que lo arroje, para que lo olvide; lo hacen así, todos á una, porque á todos á una les irrita pensar que

Digitized by Google

otros que no hayan sido ellos encuentren una idea y aspiren á realizarla. Yo no quería hablar de aberraciones en el sentido moral. Ved esa. Así son para todo.

Allí no hay hombre con buenos deseos que no se estrelle, que no emigre si sale del conflicto en que se verá seguramente, y que después no haga memoria de Medina-Jara con terror supersticioso. Allí no hay hombre de valer que en los comienzos de su carrera no haya sido difamado, azotado, escupido, escarnecido, coronado de espinas y llevado á su Gólgota y puesto en su cruz. Su delito fué amar las letras, la música, la pintura... las letras sobre todo, que

Digitized by Google

la música y la pintura aún pueden aguantarlas, porque solo hay que oir ó mirar; pero leer, no; leer, nunca... aunque fuesen los divinos poemas de Dios, escritos por Dios mismo con pluma sobrenatural y en letras inmensas sobre los anchos cielos. Medina-Jara asusta al pobre diablo que escribe, lo confunde, lo humilla, lo escarnece con su delicioso gracejo andaluz, convertido en sátira cruel, en látigo de mil punzones finos, doblados, que se meten por la carne y crujen en el alma del infelíz que delinquió, y se cogen á ella, y se la extraen los cién garfios, por cién poros á la vez, del cuerpo mísero. Y ese pobre sér

Digitized by Google

que aspiró á la gloria y quiso honrar á su pueblo, siente á Medina-Jara entonces, pero no su mano protectora y suave que le levanta y sostiene; no la tierna mirada de afecto que el débil solicita, manantial cristalino que le hace sonreir, que le consuela; lo que siente de Medina-Jara, es su epigrama mortificante, su risa de desprecio, su salivazo, su.....

Digitized by Google

Digitized by Google

VII

Perdóname, lector; hasta ahora no me he fijado; estaba haciéndote perder el tiempo con historias que no te interesan. Lo escrito no debe borrarse; pero ya viste que corté de raíz, único modo de atenuar mi culpa.

Armental no llegó al astillero; un deseo había ido germinando en él lentamente desde que la señora de Trueba le habló de Mary en el «España»; el deseo de ir á Villa-Antonia. Pensó ir al otro

Digitized by Google

día, pero se le ocurrió de pronto que no había nada que le impidiera ir inmediatamente.

Y al volver atrás en dirección de Villa-Antonia, tuvo, como en otras ocasiones, un presentimiento de algo que no se explicaba, de algo que partiría de allí, de Villa-Antonia... De Mary. No lo quería confesar; una secreta adversión hacia Villa-Antonia había ido apoderándose de él; para combatir esta adversión complacíase en recordar las pruebas de amistad de Núñez de Hijosa; los días de quietud que disfrutó en aquellos sitios solitarios, hundiéndose por cañadas y vericuetos, gozando en su soledad, como otros go-

Digitized by Google

zan en su amor; aquel salón donde había conocido á la señora de Trueba, aquel mar inmenso y silencioso; pero allí estaba también Mary, y Mary era la causa del secreto terror que le combatía al pensar en Villa-Antonia. Era el destino de este hombre: bajo su apariencia desdeñosa é indiferente la eterna preocupación; primero, la grán pesadumbre de creerse despreciado en su país; después, cuando la señora de Trueba hubo conseguido desterrar de su alma aquella preocupación, con una habilidad bastante por sí sola para dar idea del profundo estudio que esta mujer superior había hecho del corazón

Digitized by Google

humano, vióse invadido por aquellos presentimientos que poblaban su imaginación de sueños lúgubres, apenas pensaba en Mary. No por esto había dejado Mary de ser para Armental la amable figurilla respetada y amada, no solo por consideración á Núñez de Hijosa, sino porque ella sabía hacerse amar y respetar.

Hubo un momento en que pensó en el ayer, comparándose él mismo con el Armental de entonces; se sintió sin aquellas grandes energías, sin aquella acometividad del verdadero luchador; se sintió débil, enervado; su cuerpo de atleta parecía vencido por la misma postración del al-

Digitized by Google

ma, esa postración dulce que se posesiona de nosotros después de un supremo goce, postración mucho más suave y halagadora que el placer mismo.

¿Qué se habían hecho de sus prontas decisiones, de sus bruscas acometidas, para vencerlo todo y para vencerse él? Sí, le decidió á ir en busca de Mary en aquel momento la idea de su cobardía; pero ¿avanzaba hacia Villa-Antonia como ván en busca de un enemigo los corazones verdaderamente viriles? En Villa-Antonia estaba, era indudable; allí estaba el misterioso enemigo, en lugar invisible sin duda, preparando el golpe. Pero si Mary

Digitized by Google

no era aquel enemigo, ¿qué afinidad misteriosa habría entre el enemigo y Mary? El enemigo estaba en la sombra, era cierto, pero estaba en la sombra porque él, Armental, no había tenido valor suficiente para producir la luz en las tinieblas, haciéndole destacar con todos sus espantosos relieves, para conocer su lado vulnerable y prevenir el golpe y asestarlo á su vez.

Preguntábaselo con zozobra, avanzando con lentitud de nuevo hacia los montes: «¿Habría tenido miedo; habría, sin querer, sin darse él mismo cuenta, alejado intuitivamente la hora de la entrevista con Mary? ¿No habría

Digitized by Google

sentido secreta alegría, sin que él mismo se diese cuenta de ella, las diferentes ocasiones en que, por un azar imprevisto, hubo que suspender aquella entrevista que con tanto afán solicitó la esposa de su amigo? Olvidábase por completo del pobre *bibelot* de Villa-Antonia, porque tenía la imaginación tenázmente fija en aquella figura que había logrado llenar su vida interior y exterior. Pero aunque creía que se olvidaba de Mary, el delicioso duendecillo blanco y dorado, ¿no estaría latiendo allí, en su corazón, en su sangre, en su alma, en todo su sér, en fín, mezclándose en su felicidad, mezclándose en su des-

Digitized by Google

gracia, sin explicárselo él, sin él saberlo, como se llevan en el organismo esas enfermedades misteriosas que no se exteriorizan, que no son estorbo para vivir y que estallan de repente como el rayo y como el rayo destruyen?»

Detúvose en esto junto al jardín de la señora de Trueba; estaba al pie de aquel otro muro; aquella parte del río hallábase solitaria; los chicos habían suspendido sus juegos; allá, más hondo, hacia los puentes, deslizábanse rápidas sombras; era la multitud que pasaba y cruzaba de un barrio á otro. La casa de los señores de Trueba confundíase en la obscuridad; algunas luces que

Digitized by Google

iluminaban las habitaciones que caían al Guadalvo, le parecieron ojos amigos contemplándole plácidamente. Hacia la parte del Guadalvo caía también el grán salón de recepciones. «¡Ah, cuán pronto estaría aquel salón centelleando de oro y luz, en honor suyo, de aquel que vagaba allí, en la sombra, como un espíritu en pena!» Entornó los ojos, como sumergido en suave sopor. «Las mujeres más hermosas, las más espirituales de Medina-Jara, rendiríanle tributo allí como á un sér sobrenatural. Los hombres más soberbios, los más ricos, los más insolentes, estrecharían su mano con orgullo.» Creyó sentir

Digitized by Google

de pronto una música deliciosa que salía por los balcones entreabiertos; le pareció que las notas esparcíanse entre las flores, como un divino enjambre de geniecillos invisibles, para ir después á posarse en su frente. Creía oir la voz de la señora de Trueba, presentándole á sus amigos en el salón fastuoso; sentía la mano de la señora de Trueba oprimiendo la suya para felicitarle por su triunfo, y se estremeció entonces como si estuviese rozando aún con sus labios palpitantes aquella piel ardorosa y suavísima.

En este punto pensó en Villa-Antonia, pensó en Mary, y un frío glacial invadió su cuerpo.

Digitized by Google

Miró á un lado y á otro azoradamente, como si temiera una próxima acometida de aquel enemigo misterioso, y exclamó bajo, muy bajo, como excusándose con alguien:—Mañana... Mañana iré.

Pero no fué al día siguiente ni al otro. Mantenía inconcebible lucha. Los días transcurrieron. La víspera de aquel en que el buque sería lanzado, hizo un esfuerzo de coloso para vencerse á sí mismo. Tomó un carruaje y fué á Villa-Antonia.

Preguntó por los señores. A las primeras palabras que le dijeron quedó aterrado. «Mary estaba muy enferma.»

Sacóle de su estupor Núñez de

Digitized by Google

Hijosa, que se presentó entonces. Era verdad. ¡Pobre Mary! Aquel manojillo de nervios había estado á punto de deshacerse, rompiéndose la sutíl hebra que los unía.

Armental no acababa de creerlo. Cuando habló con Núñez de Hijosa y tuvo más detalles de la enfermedad, su confusión fué grandísima. Reflexionó que la enfermedad de Mary había empezado precisamente la misma noche memorable en que tuvieron la entrevista, y en que se mostró Mary tan irritada con la señora de Trueba. Como observase que Núñez de Hijosa le miraba con extraña tenacidad, empezó una

Digitized by Google

excusa torpemente, porque no había ido antes.

Núñez de Hijosa se encogió de hombros con cierta indiferencia. Armental lo observó. «¿Sería posible? ¿Era por Mary aquella frialdad? ¿Era por él?»

Miró á Núñez de Hijosa con atención; estaba pálido, enflaquecido; en su rostro, de facciones acentuadas y enérgicas, veíase el cansancio propio de quien acaba de pasar algunas noches sin dormir junto á un enfermo. «¡Ah, y él no había estado allí!»

—Tranquilízate,—dijo Núñez de Hijosa, fumando impasiblemente,—ya no hay peligro, pero me dió unos ratos! ¿Lo creerás?

Digitized by Google

Hubo un día en que perdí la esperanza.

Armental estaba lívido. Le miró de pronto Núñez de Hijosa con una expresión indefinible, y añadió distraidamente:

—Pero yo creí que lo sabías.

—¡Saberlo y no estar aquí!—Y en los fieros ojos de Armental centellearon lágrimas de dolor y cólera.

Su amigo le tendió la mano; había en su rostro entonces una dulce expresión de afecto y piedad.

—¿Has visto á la señora de Trueba desde la última vez que estuviste en Villa-Antonia?

—Sí, hace pocos días; estuvo en el astillero.

Digitized by Google

—¿Te habló de Mary?

—Me preguntó por ella.

—¡Ah!, — exclamó Núñez de Hijosa pensativamente.—¿Y no te dijo nada de su enfermedad?

—No.

Guardaron silencio. Armental había contestado á las anteriores preguntas como un sonámbulo. Fué dándose cuenta de aquel interrogatorio... ¿Qué era aquello? No se atrevía á levantar la voz, como si realmente fuera culpable y se hallara ante un juez. Y creyó que Mary aparecíasele, no para tenderle la mano, sino para hundirle más en el abismo. ¡Oh! ¿De dónde sacaba Mary

Digitized by Google

aquella fuerza de coloso para empujar su cabeza y hundirle?

Núñez de Hijosa contemplaba á su amigo de un modo extraño. Armental no pudo resistir. Se levantó diciendo:

—¿Y Mary? ¿Puedo verla?—Aunque Mary hubiera sido la muerte, prefería la muerte en aquel instante á seguir sosteniendo la mirada de Núñez de Hijosa.

—Espera,—contestó su amigo, cogiéndole de un brazo con suavidad y haciéndole sentarse. Sin comprender el verdadero motivo, sufría Armental horrorosamente. No era por Mary, no, estaba seguro; en aquella mezcla singular de sus sentimientos de positivista y

Digitized by Google

de visionario, comprendía perfectamente que no era por Mary su sufrimiento, pues acababa de saber que su vida no peligraba. Pero allá, en lo hondo de su sér, ardía una pregunta: «¿Por qué la señora de Trueba no le había enterado de la enfermedad de Mary?» Con aquel rayo que centelleaba en su cerebro chocaron y confundiéronse estas palabras de Núñez de Hijosa, dichas con lentitud:

—¿No te parece absurdo que habiendo estado aquí la señora de Trueba en varias ocasiones, durante la enfermedad, y habiéndote visto á tí después, te haya preguntado por ella en vez de darte noticias suyas?

Digitized by Google

Armental enjugó maquinalmente el sudor frío que bañaba su rostro.

—Estoy recordando ahora,—murmuraba, sin mirar á su amigo,—que al hablar de Mary, en su voz y en sus facciones se reflejaba un sentimiento profundo... Sí, sí, comprendiendo la señora de Trueba que yo nada sabía de la enfermedad de Mary, y sabiendo el dolor que iba á producirme, notificándome una desgracia ocurrida en este hogar, se tratase de Mary ó de tí, se abstuvo de ello. Tal vez pensó que siempre habría ocasión para decírmelo, ya que por fortuna yo no lo sabía.

Digitized by Google

—En efecto, pudiera ser todo eso; tu generoso corazón ha disculpado inmediatamente la conducta de la señora de Trueba, que á mí me parece muy dudosa.

Armental se levantó de pronto. Quiso hablar, pero no pudo; se sentó inmediatamente; había vacilado su cuerpo al erguirse; creyó que se caía. Paseó entonces la mirada por el salón; todo estaba en su sitio; las mesitas llenas de adornos, la silla dorada de Mary, mueblecillo refulgente que el amor de Núñez de Hijosa había creado, y donde Mary solía enroscar su cuerpecillo de gatita mimosa; los soberbios macetones

Digitized by Google

de los ángulos, con sus hojas y flores rarísimas, los dibujos de Goya que adornaban los testeros en marcos suntuosos, el magnífico *Erad,* allí, junto á él, silencioso siempre, desde aquella noche mágica, los anchos ventanales del salón con las sierras abruptas á un lado, el mar á otro, mudo, inmóvil, con su frente poderosa de esfinge; todo, todo estaba allí, donde siempre; nada se había movido, nada se había desquiciado... Allí estaba Núñez de Hijosa, inmóvil también, mirándole con profunda emoción. Leía lo que pasaba en el alma de Armental como en un triste libro, cada una de cuyas líneas hubiera

Digitized by Google

podido llenar con su estudio la existencia de un sabio.

Fué una pausa aterradora, segundos inmensos que caían sobre Armental como siglos de espanto y muerte. Un ultraje á la señora de Trueba, lo consideraba Armental un sacrilegio, como una maldición á Dios.

No era, sin embargo, lo que había oido lo que más le aterraba, sino la duda de lo que pudiera oir todavía. «Aquella impasibilidad de Núñez de Hijosa era lo más temible; al ofender á la señora de Trueba, no tenía la disculpa de la frase que se desliza impremeditadamente en una explosión de cólera. ¿Qué obceca-

Digitized by Google

ción era aquella?... Pero hay un límite prudencial para resistir los agravios, no ya de un amigo, aunque sea un amigo del alma como Núñez de Hijosa, sino de un hermano de verdad y hasta de un padre.»

Núñez de Hijosa dijo tristemente:

—Es seguro; si la señora de Trueba hubiese oido la apreciación que de su conducta hice, se hubiera echado á reir y hasta hubiera explicado esa conducta, más ó menos satisfactoriamente; tú, no; tú te consideras herido en el alma. ¿Quién eres tú? ¿Qué títulos son los tuyos para considerarte herido por las apreciaciones

Digitized by Google

que yo haga de la señora de Trueba? Estas preguntas podría yo hacerte; no te las hago; me basta con lo que veo.

—¿Qué vés? ¿Qué dices?—Preguntó Armental levantándose convulso, amenazador, con las facciones descompuestas por el espanto y la ira.

—Digo que estás loco,—añadió Núñez de Hijosa, levantándose también;—veo que hasta intentas acometerme como á un infame que te odiara, cuando te consta que soy un hombre de honor incapaz de la calumnia.

Armental retrocedió, como por instinto, para no aplastar al hombre que tenía junto á él.—Basta,

Digitized by Google

—exclamó ahogadamente; --entre nosotros no puede haber explicación ninguna. Adiós.

—Adiós,—repitió su amigo con tristeza;—oye un consejo que te dá el mejor de tus amigos; óyelo y acuérdate,—añadió Núñez de Hijosa en tono sentencioso:—No te fíes de esa mujer.

Armental dió un grito y se lanzó á Núñez de Hijosa aterrador, rugiente, las venas hinchadas, los ojos inyectados en sangre. Núñez de Hijosa esperaba inmóvil, mirándole con piedad; pero á la vez se oyó otro grito de angustia, abrióse una puerta con estrépito y salió Mary, que se puso entre Núñez de Hijosa y

Digitized by Google

Armental rápidamente. Armental detúvose; solo Mary le hubiera podido contener. Allí la tenía, pequeña y blanca como una flor, mirándole sin cólera con sus dulcísimos ojos llenos de lágrimas. ¡Ah!, ¡quién hubiera dicho que aquella mujer enflaquecida, de cuerpo vacilante, de ojos sin brillo, era el dorado, el vaporoso *bibelot,* la infantil Mary, alegre y viva como la luz de aquel portentoso cielo!

Armental la miró un segundo con ojos centelleantes, como pudiera un león sorprendido en la lucha quedar fascinado de repente ante una mariposa. Contenido así, operóse en él un cambio brus-

Digitized by Google

co, y dejó caer los brazos con desaliento.

—Estoy mejor, amigo mío,—exclamó Mary con su más dulce tono, aproximándose á él y tendiéndole su mano enflaquecida. Conocíase; vacilaba; carecía de fuerzas para tenerse en pie. Núñez de Hijosa corrió á su lado y la sostuvo.—Yo estoy segura, Daniel,—añadió en voz débil, entrecortada por la fatiga;—usted es un verdadero amigo; estuve enferma, pero usted no lo supo. ¿Qué importa, si ya pasó todo? Pasó, sí; la prueba la tendrá usted mañana. Mañana es día de la botadura; día solemne,—prosiguió, tratando de sonreir, como

Digitized by Google

en otros tiempos,—¿es verdad? Allí nos tendrá usted. Mañana es para usted uno de esos grandes días en que al hombre le es necesario tener cerca á sus almas fieles. Allí estaremos. Dios divino dará á usted su amparo.

No pudo seguir; le era imposible. Armental la miró con profunda pena. Quiso hablar y no pudo tampoco. Creía morir. Vaciló aún algunos segundos, pero después salió sin volver la cara.

Mary dejó caer la cabeza sobre el pecho de su marido.—¿Lo ves?, —murmuró desfallecidamente.— A tí te es imposible; tendrías que matarle, ó te mataría él. ¡Ay!, ¡pero si yo tampoco puedo!

Digitized by Google

Ardientes lágrimas surcaron las mejillas de Núñez de Hijosa. Estrechó á Mary sobre su pecho como á un niño.

—¿Quiéres que le mande lo que escribiste?,—la interrogó, procurando aparecer sereno.

Pero no obtuvo respuesta. Mary se había desmayado.

Digitized by Google

VIII

No hay dato ninguno que compruebe la existencia de Daniel de Armental en las horas transcurridas, desde el obscurecer de la tarde del 8 de Abril hasta las diez de la mañana del día siguiente. Hubiérase creido que se lo había tragado la tierra; no se le vió en su casa, no se le vió tampoco en el teatro, ni en el astillero; fué imposible hallarle, aunque le buscaron afanosamente tres personas: un actor del *antiguo coliseo,*

Digitized by Google

en nombre del director de la compañía, para consultarle cierta duda de interés referente á la representación de la obra; un ayudante, para recibir instrucciones relacionadas con la botadura, y un criado de los señores Núñez de Hijosa, con una carta que había de entregar en propia mano.

En el viejo coliseo habíase suspendido la función del día 8 para hacer el ensayo general de la obra; todo el día 8 y parte del 9 fué invertido en decorar el teatro; de tanta importancia fué la tarea, que corrió peligro de no quedar concluida en tiempo oportuno; se terminó al fín una hora antes de la botadura; tenía que ser de

Digitized by Google

ese modo, porque el personal del teatro había decidido favorecer el astillero con su presencia; sabíase perfectamente: después de la botadura, hubiera sido muy dudoso encontrar á ninguno de los dignísimos zascandiles hasta la hora precisa ó poco menos de levantar el telón. ¡Y qué remozado y resplandeciente quedó todo! ¡Qué gusto, qué arte para las colgaduras, para los gallardetes, para los escudos! Todo nuevo, costosísimo... ¡Finas alfombras en escaleras y escalinatas, macetones artísticos con plantas de grán mérito alternando con los arcos de follaje y los gallardetes, ingeniosos atributos del arte dramático y la inge-

Digitized by Google

niería naval, las dos hermosas profesiones en que aquel hijo de Medina-Jara tantos laureles había conseguido! ¡Ah!, no; no eran de hombres vulgares seguramente las manos que allí se habían puesto para decorar el caduco salón; eran de sílfides misteriosas; alguna musa por lo menos había tenido que inspirar aquellas imaginaciones groseras. Como fín y remate de novedad tan insólita, súpose qué la empresa había tirado la casa por la ventana con la instalación de nuevas luces. Encendiéronse todas para juzgar del efecto cuando se terminó el decorado y fué una gloria. Nunca, jamás, ni en sus mejores épocas,

Digitized by Google

el *viejo coliseo* se había visto así. ¡Y estaba vacío! ¿Qué iba á ser, grán Dios, cuando fueran llenándolo aquellas magníficas mujeres de Medina-Jara, cada una de las cuales parecería un incendio, con el chispear de sus ojos, de sus joyas y de sus bustos desnudos? La espectación era inmensa; las localidades se habían vendido á precios fabulosos.

En el arsenal no se había trabajado menos. La multitud acudía de todas partes; hombres y mujeres ataviáronse con sus mejores galas. Había llovido un poco y por eso creían que el acto iba á resultar deslucido. A la hora del lanzamiento, y desde

Digitized by Google

mucho antes, el cielo grís parecía un toldo sin límites que resguardaba del sol á la multitud. El camino, desde la puerta del arsenal á la grada, había sido adornado también con gallardetes, medallones, escudos y arcos de follaje. Próximo al taller de herreros de ribera, dando frente á la proa del «España», improvisaron una capillita; dentro de ella había un tríptico de plata repujada, obra primorosa del siglo XVII. A los dos lados del buque alzábanse tribunas para autoridades y corporaciones; pero allí no había autoridades ni corporaciones que valieran; allí no había más que mujeres hermosísimas, grandes

Digitized by Google

damas, aquellas mismas damas que invadirían después el teatro, para cegarse mútuamente con su esplendor.

La multitud fué invadiéndolo todo; los puentes, las azoteas de los edificios próximos, los techos de los carruajes que llenaban la playa, el alto muro de contención del arsenal, las tribunas, los balcones, los tejados de los talleres, los botecillos varados en la arena; y en el mar, las lanchas, las falúas, las grandes embarcaciones, pareciendo las mujeres, con los distintos tonos de color de los trajes, apiñadas en los ligeros esquifes, enormes ramos de flores que salían de las aguas por dón

Digitized by Google

misterioso, deslizándose y volviéndose á deslizar bajo la popa del enorme acorazado, como risueñas figurillas que jugaban al pie de una mole que las hubiera podido aplastar en un segundo.

Al rededor del inmenso casco pululaban como hormigas los grandes hombres de la nación; los ministros de la corona, porque habían ido tres en vez de uno; el capitán general del departamento, la comisión inspectora, los periodistas, la plana mayor sin que faltase uno, de ingenieros navales y marinos de alto empléo, todos de gala, con sus serios trajes obscuros, sus gorras cuajaditas de galones y sus sables corvos

Digitized by Google

de brillantes reflejos que embobaban á la multitud.

Hay quien lo recuerda perfectamente; hasta un cuarto de hora antes de la botadura estuvo Armental sobre cubierta dando órdenes; no miraba ni hablaba á nadie; estaba pálido, enflaquecido, como un muerto que acabara de salir de su ataud. En aquel punto parecía concentrar todas sus energías en la terminación de los preparativos. Bajó rápidamente y se confundió entre aquellos grupos de hombres, de rostros tostados y trajes grasientos que estaban allí, debajo casi del buque, sudorosos, anhelantes, ensebando la quilla, para que corriese con facilidad

Digitized by Google

por la caja de grasa. Acercábase la hora. El mar subía, subía con lentitud imperceptible; iba ganando los peldaños carcomidos de las escalerillas de los muelles; las olas besaban ya con dulzura la parte inclinada del buque, como sirenas que imprimen su primer beso en la boca del señor que pronto caerá en sus brazos. Algunos minutos más y habría concluido todo.

Armental subió á cubierta otra vez. En los últimos instantes viéronle en la proa del buque. En aquel momento parecía tranquilo; así era; pero su tranquilidad habría alarmado á quien hubiese podido penetrar con el pensa-

Digitized by Google

miento en las profundidades de su alma. No era un hombre, era un autómata; sus ojos negros, dominantes, que parecían arder siempre por la calentura, miraban atónitos á la multitud. Aquellas ideas, siempre en ebullición, parecían haberse congelado. Así estaba desde que salió de Villa-Antonia la noche antes; no se daba cuenta de cómo había invertido la noche, ni se la daría nunca probablemente. Llegó al astillero aquella mañana sin darse tampoco cuenta con precisión de lo que allí tenía que hacer. Todos sus actos los impulsaba el instinto, eso que hay dentro de nosotros, que no deja de aparecer cuando

Digitized by Google

el alma abatida deja que domine en absoluto la materia. Aquel hermoso entendimiento parecía hundido por siempre en la sombra... Muerto ó dormido ¿qué más daba? ¿Habría algo que le pudiese hacer despertar ó revivir? Permaneció un minuto en el sitio donde había estado la señora de Trueba en otra ocasión. Paseó los ojos por la multitud como buscando, pero no buscaba ni veía á nadie. En aquel momento batían marcha todas las músicas. Como imágenes de un sueño, creyó entrever en un fondo muy lejano las siluetas de una grán señora y un grán señor que ocupaban lugar preferente en una

Digitized by Google

tribuna. En efecto, aquellos dos grandes señores iban en representación de SS. MM. para más solemnidad del acto; él, de uniforme de maestrante de Sevilla, y ella fastuosamente ataviada, y con más joyas en cabeza, garganta y pecho, perdonándoseme la comparación, que la bendita Virgen patrona de Medina-Jara.

Luego vió ir al obispo con su grán séquito en dirección de la capilla. La apiñadísima muchedumbre guardó un silencio sepulcral. Solo oíase, de vez en cuando, la voz ronca de algún galafate, el crujido de alguna palanca ó el golpe sordo de un postrer martillazo. Era el instante de la pleamar.

Digitized by Google

Bajó el ingeniero rápidamente por una escalerilla de estribor. Al poner el pie en la arena, un hombre le entregó una carta; creyó entrever en su paroxismo, el rostro del hombre, allá, muy lejos, como la silueta borrosa de una de aquellas imágenes. Oyó como un ruido extraño la voz del hombre: «Era de la señorita Mary; le había estado buscando para entregársela toda la noche, sin haberle podido encontrar; después, en el astillero había tropezado con muchos inconvenientes. Se la entregaba, al fín, habiendo hecho lo que le fué posible por cumplir bién.»

Al oir el nombre de Mary sin-

Digitized by Google

tió Armental frío en los huesos; pero cuando acabó su relación el criado de Villa-Antonia, ya no le oía; guardándose maquinalmente la carta, siguió hacia el sitio que tenía que ocupar en el instante del lanzamiento.

La marinería estaba preparada; aquellos otros dos inmensos cordones de hombres, cogidos á la *sorda,* esperaban también el segundo solemne. Todas las cabezas se descubrieron; el venerable prelado salió de la capilla revestido á bendecir el «España.» Reinó un silencio de tumba; ni una voz, ni un golpe, ni el rumor de una ola. Fué un instante de ansiedad cruelísima. Todos los ojos busca-

Digitized by Google

ban al ingeniero; veíanle allí, junto á la proa, tranquilo, inmóvil, con la inmovilidad de la muerte, puesta una mano en el puño de su sable, la gorra galoneada en la otra, al aire la noble frente y abarcando con mirada fría y dura el buque, los hombres y el mar. El ingeniero hace una seña, pican los extremos inferiores de los últimos puntales que sostienen el buque en las dos bandas; el último hachazo retumba en el silencio imponente con repercusión cavernosa; los alientos se paran; creyérase que los corazones han dejado de latir. El silencio parece pesar sobre aquel mar inconmensurable de cabezas, como si tu-

Digitized by Google

viese encima la inmensa mole; caen los puntales, pican la última amarra que sostiene ya el buque, tiran de la *sorda,* las locomóviles empujan, y siéntese un ligero chirriar, un crujido extraño, como de algún tendón oculto del gigante, que se estira para el primer movimiento; como si aquel crujido fuese de una válvula que girara de pronto para llevar otra vez el aliento á los pulmones, llena los espacios un grito de júbilo de la muchedumbre. El gigante se estremece; crujen aún todas sus articulaciones, y la masa colosal deslízase al fín majestuosamente al formidable son de músicas y gritos de alegría; es un

Digitized by Google

verdadero espasmo nervioso el de la multitud; mujeres y hombres ondean sus pañuelos; los marineros saludan con sus gorras sobre cubierta, las embarcaciones hacen vibrar sus pitos, y entre el inmenso concertante de alegría, el buque sigue deslizándose con majestad de coloso; ya empieza á hundir su popa en el mar, ya se abren las aguas suspirando para recibirle, como esclavas enamoradas que abren sus brazos de nieve para recibir en ellos á su señor... Pero un rugido de fiera mézclase de pronto á la delirante alegría de todo un pueblo; lo lanza Armental. Reina súbitamente un silencio lúgubre, como si aque-

Digitized by Google

llas cién mil personas hubiesen recibido á la vez una puñalada en el pecho. ¡El «España» se ha detenido! Las *sordas* se rompen de tirar; las máquinas no tienen ya fuerza para el empuje. Parece el «España» el cadáver de un gigante, con la mitad del cuerpo en la mesa de disección y la otra mitad suspendida en el vacío.

El ingeniero se agita como un león, queriendo investigar con ojos fieros la causa del terrible accidente. La multitud consternada sufre con este hombre. ¡Ah!, ¡no sabía esa multitud que el accidente del buque le ha salvado de la locura, al sacarle de su atonía! Todo es inútil. Los ingenieros

Digitized by Google

y marinos siguen á Armental y le contemplan con oficioso interés. Hay un segundo en que temen que se traspase el pecho con el arma que lleva al cinto.

Lo vé, lo comprende todo; su práctica, su intuición, su talento, se unen para buscar, detalle por detalle, con la rapidéz del rayo, las causas, que no encuentra, de tal desdicha. ¡Oh cólera, las aguas ván bajando! ¡Oh humanidad, cómo te vés reflejada también en los elementos, prueba elocuentísima de que todo en la naturaleza, lo bueno y lo malo, obedece á un mismo poder misterioso é invisible! Las aguas ván bajando como si se apartasen desdeñosas

Digitized by Google

de aquel coloso que no ha podido entregarse á ellas. La mitad casi del barco está en el vacío y amenaza partirse por su propio peso, como un frágil listón de cristal. El dolor se manifiesta en todos los corazones. Los jefes, los subalternos, los operarios del arsenal, se lanzan á una, como por mandato misterioso, con nuevos puntales para sostener aquella enorme masa. ¡Había que aguardar la nueva marea!

Pero ¿saldría entonces? ¿Se perdería aquel hermoso buque que tantos sacrificios costaba á la nación, el primero, el de más importancia que iba á salir de los arsenales del Estado? El menor

Digitized by Google

incidente, la causa más trivial, podría hacer ya que cayese en fragmentos como arista miserable. Aun saliendo á flote al día siguiente, ¿sería el mismo buque que el día antes? Los desperfectos que sufriera ¿tendrían remedio? Hablábase ya entre los entendidos de las cuentas que al ingeniero se pedirían, de su enorme responsabilidad, de su postergación inmediata. Aquello era peor que morir. Aquello era la deshonra. Recordábanse casos parecidos: un ingeniero se había suicidado; otro había muerto al mes siguiente de vergüenza y dolor.

La muchedumbre alejábase con profunda tristeza; cada una de

Digitized by Google

aquellas cién mil personas llevaba luto en el corazón como por un muerto querido. ¡Caso extraño! Allí, entre la grán masa, no se oía ni una sola censura para el ingeniero; en el fondo de todos los corazones había una dulce piedad, un sentimiento de simpatía para aquel hombre, cuyas horrendas torturas presentían. Con aquel triste caso del lanzamiento había hecho el destino jugar á Armental su grán carta para ganarse verdaderamente el amor de sus paisanos. ¡Oh pueblo! Tú solo sabes comprender los grandes dolores, sentirlos, respetarlos y amar con todo tu corazón á los que los sufren.

Digitized by Google

Digitized by Google

IX

No solamente fué señalado aquel día con el triste acontecimiento que ya conoceis; fué señalado también porque descargó en Medina-Jara y sus alrededores la más formidable tormenta de que se tiene memoria en toda la región andaluza.

Llovía torrencialmente cuando la multitud empezaba á salir del astillero, y prosiguió la lluvia con el mismo empuje toda la tarde y grán parte de la noche. Armentla

Digitized by Google

habíase dirigido á su estudio; aparecía sereno y grave. Algunas personas le rodeaban solícitamente; temían sin duda dejarlo solo. Era un vencido y ya no se le envidiaba; la compasión sucedió á la envidia, aunque creais estas dos pasiones un tanto opuestas para sucederse inmediatamente la una á la otra. Sin embargo, es cierto. Así es el mundo; así los hombres. Si al lado de una pasión ruín no hubiera otra levantada, ¿qué sería entonces de la humanidad?

Ninguno se lo decía al de al lado, pero aquellos señores pensaban todos idénticamente: «¡Pobre Armental! Caía de pronto del

Digitized by Google

pináculo de su gloria, cuando más firme creíase allí; cuando más admirado, cuando más halagado iba á ser.» Armental por su parte, medía la desgracia en toda su extensión, y no volvió el rostro para no verla. Ya conoceis su costumbre de mirar á sus enemigos á la cara. El golpe fué horrible. Era necesario reponerse. Se mostró muy tranquilo; habló con serenidad de las razones á que pudiera haber obedecido el inesperado suceso. «No cometió error de ninguna clase; sin embargo, era así por desdicha: el buque no estaba en el mar.» Pero sus últimas palabras fueron una aspiración más bién que un sonido;

Digitized by Google

no pudo terminarlas, porque acudieron á su mente aquellas otras de la señora de Trueba, dichas en el mismo buque: «...Ni arquitectos ni ingenieros verán en todas esas ruinas la obra suya. Ninguno aprenderá en el fracaso, porque ninguno cree que fracasó.»

Aquellas frases vibraron entonces en su cerebro horrísonamente, como algo que se desquiciaba alrededor suyo; encendiéronse por el rubor su rostro y su frente. «¡Ah, no; él no se había equivocado; hubiera sido horrible; y de ser así, de haberse equivocado, no querría erguirse sobre su propia obra fracasada como en un altar, para rendir homenaje á su

Digitized by Google

soberbia... Pero ¿por qué pensaba todo aquello? Era imposible; no se había equivocado!»

Se dominó con un prodigioso esfuerzo; como para responder á sus propias ideas y â las de los hombres que le acompañaban, afirmó sonriéndose:

—El barco irá al mar, yo os lo digo; irá al mar sin la más ligera abolladura.

No perdió ni un solo segundo el sentimiento de su dignidad; sus ojos brillaban de orgullo y decisión; su sonrisa era franca y tranquilizadora. ¡Ah, si la señora de Trueba le hubiese visto sonreir en aquel instante!

Tenía la Memoria en una mano

Digitized by Google

y mostró deseos de estudiarla. Lo pidió con una cortés sonrisa. No desconfiaron y quedó solo; cerró, sentóse en un sillón delante de la mesa de estudio, apoyó los brazos en el tablero y hundió la cabeza entre los brazos. «¿Habría concluido todo en realidad?» Aquel valor de que había dado tales pruebas, ¿no era un valor ficticio, último y ridículo rasgo de aquella vanidad española, que la señora de Trueba tan admirablemente había sabido hacer resaltar, condenándola? ¡Ah, qué horrible procesión de ideas fué deslizándose en aquel cerebro abrasado por la calentura! Y en medio de todo, aquellas palabras de Núñez de

Digitized by Google

Hijosa, que no habían cesado de caer sobre su frente hendiéndola, desgajándola, como el martillo del dios escandinavo desgajaba y hendía las montañas. *¡No te fíes de esa mujer!*

Había salido de Villa-Antonia la tarde anterior en un estado moral indescriptible. «¿Estaba loco Núñez de Hijosa? ¿Estaba loca Mary? ¿Estaría loco él? ¿No era, en resumen, una pesadilla horrenda? Si Núñez de Hijosa había pronunciado aquellas frases, ¿por qué vivía Núñez de Hijosa aún? Si vivía Núñez de Hijosa ¿por qué vivía él?» Y se levantaba en su imaginación la triste figura de Mary con sus dulces ojos de pie-

Digitized by Google

dad é indulgencia... «¡Ah, no!; pero ¿por qué?» Y retorcíase desesperadamente.—¿Por qué esa piedad? ¿Por qué esa indulgencia? ¿Por qué?... ¿Por qué no había de fiarse de aquella mujer?—Quedaba rendido, sin aliento. ¡Oh, cuán verdad es que una idea pesa más á veces que un mundo!

Pasó la noche, llegó el día, sin que el combate cesara; sin que pudiese decir de qué modo había invertido las horas. Fué al astillero y no le llevó su voluntad, fué maquinalmente; algo había allí que le atraía, sin que él pudiese precisar lo que era; anduvo, habló, pensó como un autómata; lo anduvo todo, lo habló, lo pen-

Digitized by Google

só, porque ya lo había andado, hablado y pensado antes. Fué preciso aquel espantoso golpe de la desgracia del buque para hacer despertar sus sentimientos y sus ideas de una postración aterradora que le hubiese llevado á la locura. ¡Fenómeno sorprendente! En aquella tempestad que lo estaba desgajando y perdiendo todo en él, gérmenes nobles y grandes, retoños nuevos, savias fecundas de otras creencias y otra vida, ni un solo segundo había vacilado en su alma aquel altar formidable y aquella figura prepotente que sobre el altar resplandecía. ¿Será cierto que las religiones son la fuente de vida del mundo? Daniel

Digitized by Google

de Armental no había vivido la vida verdadera mientras vivió sin fe, sin religión, que es lo mismo; halló á su Dios, lo puso en su altar y vivió desde entonces la vida que él había presentido y ambicionado. Todo se hundía alrededor suyo, gloria, ambición, amistad, ilusiones, más hermosas aún, porque empezaba á sentirlas, y aferrábase á un último consuelo al mantener intuitivamente, por todo y contra todo, aquel altar en pie, sacudiendo de sí con horror,—tirándola, pisoteándola, no pensando en ella, no creyendo que existiese en fuerza de combatirla con tanto encarnizamiento, —la idea monstruosa de que allí,

Digitized by Google

sobre aquel altar precisamente, estaba el Dios tenebroso que le sepultaba entre ruinas. ¿No veis aquí un notable ejemplo de los distintos resortes que giran, se encuentran ó se repelen, para sostener la existencia moral de un indivíduo? Allí, con los brazos desplomados sobre la mesa, la frente sudorosa hundida entre los brazos, no pensaba en aquel hermoso buque, perdido quizás para la nación; no pensaba en lo que pensaría de él esa nación desgraciadísima, en lo que pensaría y diría aquel pueblo en donde había nacido, aquel pueblo por cuyo amor tanto había luchado, aquel pueblo cuya delirante ovación am-

Digitized by Google

bicionaba, como se ambiciona la luz que falta á nuestros ojos y el aire que falta á nuestros pulmones. No pensaba en su gloria perdida, en su honor perdido tal vez como su gloria; había otro pensamiento más grande, más avasallador que el pensamiento de su gloria, de su país y de su buque; el pensamiento de la señora de Trueba, no para dudar, no para condenarla, no para pensar siquiera en una falta que no habría cometido, sino para reflexionar con tristeza en la poca fortuna de esta mujer, siendo juzgada por Nuñez de Hijosa tan injustamente.

Y de pronto, aquella tempestad inmensa que había estallado

Digitized by Google

en su cerebro y que estuvo á punto de volverle loco, cedió ante un rayo de sol suavísimo. «Indudablemente, aquello era un error de los Núñez de Hijosa. ¿Por qué sufrir tanto? Lo más lógico hubiera sido aclarar el error al punto, y esto era lo que había que hacer.» ¡Oh, qué dulce es pensar lo que esté más en consonancia con nuestro deseo, engañándose el alma á sabiendas por un minuto de reposo ficticio!

«El error era indudable; había que deshacerlo. ¿Qué error era aquel que logró entibiar el grán cariño de las dos amigas? Porque era seguro: Mary, enojada con la señora de Trueba, había hecho

Digitized by Google

sentir este enojo á Núñez de Hijosa. ¿Acaso no era Mary una chicuela caprichosa y mimada? ¿Acaso Núñez de Hijosa no había sostenido siempre con mucha formalidad que la misión más noble y de más trascendencia que cumplía en el mundo era la de satisfacer los caprichos de su mujer? ¡Ah, Mary Mary!»

Se levantó bruscamente. Llegó al balcón y levantó la cortina que velaba los cristales; era de noche, el mar estaba silencioso; el arsenal desierto. No había cesado de llover.

Una masa informe, negra, interponíase en la playa, entre el mar y él; era el casco inmenso del bu-

Digitized by Google

que. Una luz movíase de acá para allá, perdiéndose algunas veces detrás del inmenso casco. Era el farolillo del vigilante del astillero.

Permaneció allí Armental con los ojos ardientes, fijos en el buque; por un momento le pareció que aquella masa enorme se movía, que avanzaba, no hacia las olas, sino hacia él, para echársele encima y aplastarle.—No, no,—dijo, centelleantes las pupilas y apretando los puños con fiereza: —¡No puede ser!—¿Sería, acaso, que no se dió hasta entonces verdadera cuenta de que el «España» no estaba en el mar? ¡Oh!, tantas veces como le había visto en sus

Digitized by Google

sueños, balancear con gallardía sobre las aguas!

¿Y todo aquello iba á perecer antes siquiera de empezar su vida? ¿Y él iba á perecer también con todo aquello antes de vivir aquella otra vida que el hada maravillosa habíale hecho entrever?

Se retiró de allí tan bruscamente como antes se había levantado; fué á la puerta, que abrió de golpe, y salió con rapidéz sin tropezar, aunque la noche lo invadía todo. Creyérase que iba al encuentro de aquel enemigo poderoso que poco antes pareció salir de su alcázar, edificado debajo de las olas, y que avanzaba, ame-

Digitized by Google

nazándole siempre, sin llegar hasta él.

Pero al aproximarse á la grada y verle inmóvil, inmenso, majestuoso en aquella soledad, sintió dolor profundo. Creyó por un instante que aquella masa enorme de acero sentía y pensaba con él; lo olvidó todo en ese minuto para consagrar al amigo que compartía su pena todas sus facultades, todo su amor. Debajo de una banda, por la parte de proa, allí, como un grano de arena al pie de una pirámide, golpeó afablemente con su mano robusta uno de aquellos formidables paños de acero; apoyó su mano y su frente sobre la armazón ciclópea, como

Digitized by Google

se apoya el brazo en el hombro de un sér que nos consuela, y una lágrima caldeada, como de acero derretido, abrasó sus ojos. Hermoso es vivir, pero entonces hubiera muerto de buena voluntad aplastado por la quilla de su buque.

Arrancóse de allí; fué en busca del vigilante, le pidió el farolillo y volvió con él hasta el barco. El vigilante esperó á distancia, respetuosamente, no supo cuantas horas. Sobró tiempo para morirse, según afirmó luego, y para nacer otra vez. «Pero no había temor por entonces de que muriera nadie; era mucha cabeza la de aquel ingenierazo, de ojos como áscuas

Digitized by Google

y de pelo revuelto; además de ser mucha cabeza, la tenía rebosando de saber, y un prójimo así no se entrega tan pronto.—Que sepais eso, amigos,—afirmaba el vigilante con mucha gravedad contando su aventura. «Él sabía muy bién lo que el señor Armental estaba haciendo; veía la lú ir y venir muy despacito de acá pa yá, junta er suelo casi, debajo der barco; se paraba la lú y güelta otra vé á irse y venirse de un lao pa otro.» Una vez creyó el vigilante que la luz estaba en el mar, debajo del buque; creyó que la luz se mecía dulcemente en las aguas. Según el vigilante, la *requisa* del ingeniero duró más de

Digitized by Google

tres horas. Le vió después cuando se acercaba para darle el farol y se quedó *arsoto;* iba *empapaito;* el hombre de Dios se metió en el barco primero, y ya pensaba el vigilante que no salía de allí; «pero salió y estuvo arrastrándose por tierra como una serpiente, pegaito á la quilla y con er faró pegaito á las narice; luego se metió en el mar hasta los hombros, sin percatarse, de embobao que estaba en su asunto. Era cuando la lucecica parecía un lucero meciéndose en el agua.» Pero el vigilante lo juró muchas veces por la salud de sus hijos; vió la cara del ingeniero cuando éste le quitó el farol, y se la vió

Digitized by Google

también al devolvérselo. Madrecita del Carmen, la cara del que se llevó el farol era la de un muerto; la del que lo trajo la de un hombre. «¿Sería que estaba muerto y que había resucitado?»

Digitized by Google

Digitized by Google

X

Así fué. Armental volvió al estudio; cambió su uniforme por el traje que usaba en los talleres. Estaba tranquilo, pero su tranquilidad era verdadera.

—¡Ah!, — murmuró, contemplando otra vez el buque, que adquiría en las sombras proporciones fantásticas, — tú irás al mar sin el menor desperfecto, ó es mentira todo lo que yo aprendí en treinta años... Fuerte es la batalla, pero el éxito será así mayor.

Digitized by Google

Salió del estudio primero, del arsenal después; no hacía caso de la lluvia que azotaba su rostro; anduvo sin saber por donde, como si estuviese sumergido en un sueño. Pensó de pronto en la grán ovación, en el triunfo que le esperaba aquella noche, al representarse su obra, y fué ya directamente hacia el viejo teatro. No quería entrar. Quería ver el teatro desde fuera solamente. «¡Entrar!» Hizo la exclamación en el fondo de su pecho con un suspiro profundo.

Pero halló á obscuras la plazoleta donde el teatro levántase; el teatro estaba cerrado; el grán edificio hundíase en la sombra

Digitized by Google

como una mole inmensa. ¡Ah!, ¡qué parecido tan triste notó entre aquella masa sombría del teatro á obscuras, y aquella otra del buque tendido en la grada como un cadáver solitario, sin otro acompañamiento que las canciones del mar! Una risa helada contrajo su boca. Lo comprendió inmediatamente; habían suspendido la función.

Pero, ¿era aquéllo todo lo que él había soñado? Nunca se vió tan solo en su dura existencia, como aquella noche en aquella plaza, embutido en aquella pared, sintiendo el rumor acompasado del agua de un canalón al chocar en las piedras.

Digitized by Google

Se pasó las manos por los ojos fuertemente. Como si á la pesadilla cruel hubiese sucedido un ensueño venturoso, vió otra vez la sala dorada del teatro llena por la multitud, deslumbrante de joyas, de luces, de flores, de mujeres hermosísimas; oyó la ovación entusiasta de aquel público frenético... Pero de pronto fué apagándose el rumor de los aplausos, fueron apagándose las luces, fueron apagándose los ojos de la multitud, y la sala que antes resplandecía, negra ya como una fosa, se pobló de cadáveres, que iban y venían silenciosamente al compás de aquella música siniestra de las aguas del canalón

Digitized by Google

al caer sobre el empedrado de la calle.

Se alejó de allí precipitadamente. No quiso pasar siquiera por el hotel donde vivía, desde que dejó á Villa-Antonia, temiendo encontrarse con algún importuno. No quería hablar con nadie; la soledad era su mejor amigo; el único en quien confiaba y que le fortalecía.

Pero pensó otra cosa. ¿No tenía que recibir una invitación para el baile de la noche siguiente en casa de los señores de Trueba?... «¡Aquel baile en honor suyo!» Y un frío de muerte taladró sus huesos al pensar en el teatro y la plaza á obscuras, en aquellos cadáveres que flotaban silenciosos

Digitized by Google

y en aquel agua saliendo sin cesar por la boca horripilante del canalón iluminado siniestramente por la única luz de reverbero que en la plaza ardía.

«¡Ir al baile!... Pero ¿por qué no ir, si cuando vibrara en el fastuoso salón la primer nota del vals el «España» estaría balanceándose con orgullo en las aguas, acariciado y besado suavemente por las olas, como aquellas dulces músicas del salón acariciarían los rostros pálidos de las grandes damas, gloria y honor de los salones de la casa de Trueba? ¡Iría al baile, sí, iría al baile, vencedor ya y altiva la frente, después de su triunfo!»

«¿Y su invitación? En el hotel

Digitized by Google

no se había recibido carta ni recado alguno de los señores de Trueba? Era para extrañarse. Pero ¿qué importaba? ¿No habría tiempo? Faltaban muchas horas todavía. Además, la invitación era lo de menos. ¿No dijo la señora de Trueba que la invitación para él sería fórmula sencillamente, porque no le era necesaria? ¿No iría el señor de Trueba por él para acompañarle á sus salones? ¿No le había dicho la señora de Trueba que ella misma iría si con su marido no hubiese bastante? ¿No dijo eso? ¿No quiso jurar? ¡Jurar! ¡Qué cosa más extraña! ¿Y por qué quiso la señora de Trueba jurar?»

Digitized by Google

Era ya muy tarde cuando entraba otra vez en su cuartito de estudio del astillero. Había querido olvidar la circunstancia de no haber hallado la invitación en el hotel; considerábala trivialísima. Al principio no pensó en ella por sus otras graves preocupaciones; pero al poco tiempo volvió á pensar en el mismo asunto. Aunque nada de extraño tuviera lo de la invitación, aunque careciese de importancia, como él mismo había confesado, otro malestar, otra inquietud profunda hirió con esto su corazón.

Se echó vestido en su catre de campaña, pero no dormía; abrasábale la calentura; con los ojos

Digitized by Google

desmesuradamente abiertos, estuvo contemplando en las sombras de la noche fantasmas colosales, trabados en lucha horrenda, que flotaban, sin cesar en la lucha, allí, sobre su misma frente. Oía un fragor formidable de batalla, rugidos, lamentos, infernal baraunda; llegó á creer que brotaba todo de su cráneo despedazado, y que al fín aquel cráneo quedaba frío, sin ideas, sin sensaciones, como una sepultura sin su cadáver.

Cuando abrió los ojos era ya de día; un día triste también, sin sol, con un horizonte cargado de tormentas. Lo primero en que pensó al despertar estaba bién

Digitized by Google

lejos de relacionarse con el grán conflicto pendiente. No fué en el «España», fué en la señora de Trueba. «Si no recibo invitación, no voy; si no voy, ¿irán por mí?» Su alma, que formuló esta pregunta, no contestó á ella. Como la noche anterior en la plaza del teatro, parecióle hallarse en un desierto inmenso, sin una mano leal que estrechara su mano, sin un corazón generoso que latiera con el suyo, sin una voz amiga que le animara y fortaleciera. Por primera vez quiso analizar friamente las últimas palabras que oyó en labios de su amigo. Repitió en su pensamiento aquellas palabras: *¡No te fíes de esa mujer!*

Digitized by Google

Pero un espanto invencible se apoderó de su corazón al repetirlas, haciendo allí presa como la dentadura de un lobo.

Se despreció á sí mismo por aquellas dudas infames que le asaltaron. Aproximóse al balcón y miró al través de los cristales. Sintió, al ver el buque, rubor profundo de no haber sido en él en lo primero que había pensado al abrir los ojos, y quedó contemplándole con tristeza, pensativamente: «No había causa ninguna, —lo sabía muy bién, —para que el «España» no hubiera seguido deslizándose hasta el mar. Apasionado de su obra, que creía perfecta, por aquel convencimien-

Digitized by Google

[illegible] por aquella conciencia [illegible] que de su valer tenía, creyó por un instante que si el buque se detuvo no fué por defectos [illegible] ni por descuidos, no por cálculos erróneos del ingeniero, sino porque quiso detenerse, rebelándose contra las leyes sabias del universo, por su propio deseo y su voluntad propia.

Por una aberración explicable en aquel temperamento exaltado y [illegible], llegó á creer Armenteros, como lo creyó la noche antes, que si era el buque una cosa suya, sér de su sér, alma de su alma, tendría también un pensamiento y un corazón para pensar y sentir, como él pensaba

Digitized by Google

y sentía, con sus despechos, con sus generosidades, con todas las sacudidas, en fín, de un espíritu altivo y una fuerte naturaleza; y con los ojos, que llameaban por la calentura, clavados en el inmenso buque, parecíale que sus remaches se partían, que los paños de acero de sus costados se desplegaban, que aquellas enormes planchas de la popa, abovedadas y tersas como la frente de una virgen, se encogían á la sensación de un dolor, que los agujeros de los escobenes chispeaban como dos ojos enormes, fieros de orgullo y cólera, ó se humedecían de ternura y sentimiento; creyó, en fín, que aquella masa gigante

Digitized by Google

de metal fundido, se estremecía de dolor y que hablaba con cién lenguas por sus cién bocas, para recriminarle por el abandono en que le tuvo, para expresar con frase dolorida y ardiente, que el ingeniero creía oir y entender, sus celos, sus angustias, sus iras porque había otro sér á quien fué preferido, por quien fué olvidado en el alma y en el pensamiento de su creador. Y como resumen de todas sus ideas, de todas sus aflicciones, de todas las angustias que le habían combatido, golpeando maquinalmente el cristal con las puntas de los dedos, dijo en voz grave y firme estas palabras consoladoras:

Digitized by Google

—Es tiempo aún.

Salió á la playa y respiró ansioso como el león que se prepara á la lucha; no le arredró aquel mar imponente ni aquel horizonte cargado de tormentas. Empezaban á entrar los obreros, y él los contempló á su paso con ojos brillantes y firmes. Enseguida circularon las órdenes, y todo el mundo empezó la tarea. Desde aquel instante desplegó el ingeniero una actividad maravillosa; á su voz enérgica, á sus órdenes claras y precisas, aquellos escuadrones de obreros doblegábanse confiados, y trabajaban con gran ahinco; aproximaron las locomóviles, sustituyeron la *sorda* parti-

Digitized by Google

da y la reforzaron con otra; centenares de hombres trabajaban allí fieramente sin hablar, identificados con el ingeniero. Era preciso tenerlo todo preparado para la hora de la pleamar. Todos tenían ansia verdadera de ver el buque en el agua; no era solamente la simpatía respetuosa que siempre les había inspirado aquel hombre leal y justo, sino el amor propio herido de aquella grán masa de obreros, cada uno de los cuales había aportado á la grán obra su fuerza y su inteligencia.

La tranquilidad del jefe, su sangre fría admirable, la precisión y claridad de sus explicaciones, habían hecho confiar ciegá-

Digitized by Google

mente á cuantos le rodeaban. Nadie sabía por qué; pero estaban seguros: el buque sería lanzado sencillamente, sin tropiezo de ninguna clase.

Empezó el flujo. Las aguas subían lentamente. Todo hallábase dispuesto. Para Medina-Jara iba á ser una sorpresa. Nadie había sospechado que se intentase lanzar el buque tan pronto; pero nadie contaba tampoco con aquellas energías invencibles del ingeniero. El terror de la situación hubiera matado á otro hombre; él sacó fuerzas de su misma pesadumbre para subir y flotar arriba y aun levantarse más alto.

Media hora faltaba á lo sumo

Digitized by Google

para el lanzamiento. Aquella operación, después de lo ocurrido el día antes, ponía los corazones en una inquietud dolorosa. En esta hora llegó una orden urgentísima del comandante general del astillero, para que Daniel compareciese al punto en su presencia, dejándolo todo; le esperaba en sus habitaciones, allí, en el mismo arsenal. Preguntó el ingeniero al ayudante que había llevado la orden, y el ayudante no pudo ó no quiso decir una palabra. Si aguardaba Armental á que el lanzamiento se hubiera efectuado, no solo faltaría á la disciplina, sino á todas las conveniencias. Alejándose de allí en aquel mo-

Digitized by Google

mento crítico, exponíase á que pasara la hora de la pleamar y el buque no sería lanzado tampoco. Pero no vaciló; faltaban veinte minutos; podría en ese tiempo ver al general y oirle, ó solicitar su venia para oirle después de la botadura.

Armental siguió al ayudante, y hubo entre los operarios que rodeaban el buque un momento de verdadera espectación; cada uno quedó haciendo el comentario de aquella orden imprevista. Al encontrarse ante su jefe, comprendió Armental muy pronto que el asunto era de grán interés; lo comprendió en la mirada, en la actitud de aquel anciano generoso

Digitized by Google

que le tenía demostrado su grande afecto en muchas ocasiones. Quien llevó la conversación desde un principio fué el general. «Había llamado al ingeniero, pero hubiera ido él mismo á no existir cierto inconveniente; no era el jefe quien hablaba, era el hombre. Ya sabía Armental que no tenía que considerarle como un superior, sino como un amigo... Un viejo amigo, es verdad; pero no eran los peores amigos los de más años; tenían éstos la ventaja de aconsejar mejor y ser más útiles.

El ingeniero le miraba con inquietud; quiso hablar, pero el comandante no le dejó, siguiendo

Digitized by Google

en su discurso. «Hubiera convenido al ingeniero no andar separado del ministro. Ciertamente, habían ido á Medina-Jara otros dos pájaros de la misma índole, pero era el de Marina el que á Daniel de Armental interesaba. No debió haberse separado del ministro, así como no se habían separado otros, —y marcó mucho sus últimas palabras,—otros que iban sin duda con intenciones muy hostiles.» Armental levantó la cabeza fieramente, pero el viejo soldado no pareció advertirlo. Prosiguió en esta forma:—Hay caractéres peligrosos, no ya para los hombres que nacen bajo su influencia, sino para aquellos otros que hagan con

Digitized by Google

él la vida necesaria en la sociedad. El carácter de usted es así. El talento de un hombre, por grande que sea, no puede lucir en toda su plenitud, si está acompañado de un ademán brusco, de un continente altivo y un desprecio soberano para todo cuanto le rodea. El hombre es la palanca del hombre; usted lo sabe bién. Un hombre, por mucho que valga, nunca hará resplandecer todo su mérito sin los demás hombres, aunque esos otros hombres sean de condición inferior. Se sostendrá sobre todos por esas grandes cualidades suyas, pero un día, al menor contratiempo, cuando menos lo espere, estará abandonado,

Digitized by Google

aislado, solo, porque no le habrán conocido.»

Daniel estuvo á punto de interrumpir aquel discurso, extraño en tal ocasión, para exclamar tristemente:

—Sé todo eso, mi general; me lo habían hecho entender mucho antes que usted pensara en decírmelo, y yo era otro hombre cuando ocurrió la desgracia del buque. —Pero ¿valía la pena de defenderse de unos cargos merecidos, aunque no fueran tan oportunos en aquel instante, como merecidos? Además, si hablaba, ¿invertiría también otra parte de aquel tiempo, cada uno de cuyos segundos era para él un tesoro inapre-

Digitized by Google

ciable? «¡Ah, ya verían, ya verían, si Daniel de Armental era otro hombre ó no! ¡Lanzárase su buque al agua, y lo demás sería cuenta suya!»

No habló, no hizo un gesto, no se mostró altivo, sino resignado y respetuoso, dando, en fín, un alto ejemplo de que hay hombres, en contra de lo que el general afirmaba que, aun á costa de mucho trabajo, aprenden á dominar su carácter.

Como el general proseguía en su discurso, sin interrumpirle, señaló Armental angustiosamente la esfera de un reloj de pared.

—Sí,—exclamó el general de pronto; —la hora de la pleamar.

Digitized by Google

—¡Faltan seis minutos!—dijo Armental con acento de súplica y dolor, que desgarraban el alma.

—También lo creo,—repuso el general, sin alzar los ojos al reloj; desgraciadamente la elocuencia de un viejo soldado que solo es dichoso cuando su espada es la que habla, no es la que en este instante se necesita. Créalo usted, —añadió conmovido,—hoy hubiera cambiado esa vieja y gloriosa espada por un cuarto de hora de elocuencia, pero elocuencia tal, que, oyéndome, hubiese usted olvidado la medida del tiempo.

Armental le miró con asombro. ¿Qué ocurría? ¿Qué misterio era

Digitized by Google

aquél? Pero no quiso aclararlo entonces. Hacía falta su presencia en otra parte.

Quería hablar resueltamente; decir que se iba; pero el veterano le impidió hablar otra vez; se lo impidió, diciéndole:

—Es inútil, amigo mío; el barco no se moverá de grada.

—¿Quién lo impide?,—preguntó Armental, pálido como la muerte.

—Quien lo puede impedir; el ministro de Marina. La cosa es terminante. Dice que ha de consultar á sus compañeros de gabinete; hasta nueva orden no se hará ningún otro intento para la botadura del buque.

Digitized by Google

—¡Eso es infame!,—rugió Armental blandiendo el puño.

El general no contestó; paseábase agitadamente. Detúvose de pronto y le preguntó, mirándole con fijeza:

—¿Tiene usted algún enemigo? ¿Un enemigo poderoso que quiera deshonrarle y matarle?—Y á la vez que sus labios hacían la pregunta, aquella mirada fija y elocuente quería decir:—Lo tiene usted, yo lo conozco.

Pero Armental no lo advirtió; aquel nuevo golpe, tan inesperado como el del día antes, pero aún más cruel, le hizo revolverse como un tigre. Descargando el puño sobre la mesa, sin miramiento al

Digitized by Google

superior ni á la casa extraña, dijo así, en tono de hondo clamor y formidable cólera:

—¡Es villano! ¡Villano! Mientras ellos deliberan el tiempo se pierde; mientras el barco no salga está en pie la duda. La orden solo de que al barco no se toque, es la infamia y la vergüenza para mí. Pero si algún enemigo tengo, no impedirá, por poderoso que sea, que el buque vaya al agua, y que vaya hoy mismo, mi general. ¿Lo entiende usted? Hoy mismo. No lo impedirá tampoco el ministro de Marina, no lo impedirá el gobierno, no lo impedirá nadie. Hay algo que está por encima de los hombres y por enci-

Digitized by Google

ma de todo; algo en que yo no pensé nunca y en que pienso ahora. El buque irá al agua. Si yo no lo echo, lo echará Dios.

Salió desesperado, sin que el general intentara ya detenerlo. Le vió alejarse, y murmuró tristemente:

—¡Ah, pobre gigante! ¿Te matará al fín tu propia fuerza?

Pero no había concluido todo para Armental aquel funesto día. Salió del despacho. Al atravesar una pequeña antesala para ir al vestíbulo del pabellón habitado por el comandante del astillero, se abrió una puertecita y apareció en ella una graciosa figura; una mujer, una niña de ojos inte-

Digitized by Google

ligentes. Estaba muy pálida. Las hondas aflicciones de Armental no le impidieron reconocerla al punto; era la hija menor del hombre bondadoso de quien acababa de separarse.

La niña se puso un dedo en los labios misteriosamente y le llamó con un ademán. Cuando le tuvo cerca, dijo en voz baja, muy conmovida:

—Sí, tiene usted un enemigo, y mi padre le conoce; pero si mi padre no puede nombrárselo, á mí nadie me lo impide.

—¡Cómo!,—exclamó el ingeniero con profundo estupor. Pero ella prosiguió rápidamente:

—Se lo oí decir á mi padre:

Digitized by Google

quien aconsejó al ministro lo que ha hecho, valiéndose de todo su influjo, fué el señor de Trueba. Ese es su enemigo. Conózcalo usted al menos. ¡Conózcalo y defiéndase!

Desapareció enjugándose una lágrima; cerróse la puerta y el ingeniero quedó allí, aturdido, sin respiración, apoyándose en aquella puerta fatal para no caer. Aquel nombre había sido un mazazo que le asestaron en las sienes.

Digitized by Google

Digitized by Google

XI

Lo que el ministro de Marina dispuso fué cumplimentado; el buque quedó en grada. Pronto cundió en la ciudad la noticia de lo ocurrido, y los comentarios fueron muy grandes.

En un principio creyóse en el arsenal que el barco sería botado en contra de lo que el ministro dispuso. Aquella grán masa de dos mil obreros halló cruel y dura la disposición; parecíales á todos muy mal que un buque cons-

Digitized by Google

truido por ellos se quedase en grada por intrigas incomprensibles. Aquel barco, en grada todavía, considerábase como una deshonra para el arsenal, para sus operarios y para el ingeniero que la construcción había dirigido. Era la verdad que todos aquellos hombres se habían identificado en el fondo de su corazón con aquel otro hombre, brusco, sí, huraño, lo que se quiera, pero bueno y solícito para el trabajador, condición noble, que guardaba con otras muchas, detrás de aquella corteza de su brusquedad, que era preciso ir arrancando poco á poco para ver al fín la generosa y fecundante savia. «¡Aquel

Digitized by Google

era el hombre á quien tan injustamente se deshonraba y se perdía!»

Hubo conatos de rebelión pidiendo la botadura. «El sitio de un barco, desde que el casco está construido, es el mar; la grada, si está en construcción. Fuera de estas dos bases naturales, el barco se halla en peligro inminente.» Algunos, de más iniciativas, arengaban á los otros. «Si el ingeniero quería lanzar el buque y los operarios obedecían su voz ¿Quién podría oponerse? ¿Que podría nadie contra todos los obreros del arsenal en la ocasión precisa? Ocurriría después lo que Dios quisiera..., pero estando ya el buque en el agua.»

Digitized by Google

Ante esa actitud de los operarios diéronse órdenes, é inmediatamente rodeó el buque un destacamento de infantería de Marina, de la fuerza que daba la guardia en el arsenal. Por otra parte el mismo ingeniero, sobreponiéndose á todo, tuvo fuerzas aún para convencer á los más exaltados, obligándoles á la obediencia... ¡La obediencia de aquellos hombres que era su deshonra y su ruina! Entretanto, á la pleamar sucedió el reflujo, el mar fué bajando, las aguas fueron apartándose lentamente de la quilla y pasó el momento temido. En evitación de otros desórdenes, suspendiéronse los trabajos por

Digitized by Google

el resto del día, y á media tarde estaba el arsenal desierto y había concluido todo.

Pero aquella efervescencia salió del arsenal con los operarios y extendióse con ellos por Medina-Jara. Discutíase con inusitado calor. Se comentaban ciertas frases del ingeniero dichas al general en su despacho, y que habían trascendido sin saberse cómo á la multitud. «El barco saldría de grada aquel día mismo; si no lo echaba el ingeniero lo echaría Dios.»

Esto fué el colmo. En algunas partes llamaban al ingeniero iluso; en todas bestia al ministro. «Siendo el ingeniero el único, el

Digitized by Google

primer responsable en actos así, la caballerosidad, la hidalguía, los más rudimentarios principios, aconsejaban darle amplitud para desenvolverse hasta la terminación de su obra, ó hasta el descalabro indiscutible.» En una palabra: se vió lo estupendo, lo inaudito; se vió á Medina-Jara vociferando, bullendo, declamando, saliéndose de sí misma en defensa de un hijo suyo. Proyectáronse manifestaciones de protesta, banquetes de desagravio y grandes planes de desquite.

Bien, pero ¿y Armental? Armental, encerrado en su estudio, rehuía la presencia y la vista de todos; después de la marcha de

Digitized by Google

los operarios, dióse á pensar en las frases que aquella niña le dijo, temblorosamente, con los ojos llenos de lágrimas. Pensando en aquellas frases, creía oir también á Núñez de Hijosa; á Núñez de Hijosa, diciéndole, no con su voz natural, sino con una voz inmensa como la voz de Dios: «*¡No te fíes de esa mujer!*» Y la sangre zumbaba en su cabeza con el ruido de trueno. «¿No era preferible morir? Pero no, morir no; el deseo de morir solamente ¿no era confesar su derrota?» ¡Ah! ¡Si toda su desdicha hubiese consistido en la prohibición de hacer ningún otro intento para conseguir la botadura del buque! Él

Digitized by Google

tenía fuerza suficiente para haber arrostrado esa desdicha; él tenía alas bastantes para subir sobre aquellas ruines pasiones; él tenía cerebro bastante para avasallar á todas aquellas insustanciales medianías, y el triunfo siempre lo hubiera alcanzado, ó un desquite sin igual más grande que el mismo triunfo. Así lo creía al menos. Pero no fué la orden bárbara lo que le había anonadado; fué el convencimiento de que, por influjo del señor de Trueba, habíase cometido tal infamia. Estremecíase de espanto al pensar en lo que detrás de todo aquello pudiese haber, y acordábase, en el paroxismo del terror, de las frases de

Digitized by Google

Núñez de Hijosa y el tono profético con que las había pronunciado.

¡El señor de Trueba! ¿Quién era el señor de Trueba? Le había oido nombrar á su mujer en varias circunstancias, sin que le hubiese hecho jamás este nombre efecto alguno. Había escuchado el nombre del señor de Trueba como una palabra que no deja eco en el corazón ni en los oidos, sin pensar ya en esa palabra hasta oirla nuevamente, y solo mientras la oía. Aquel nombre no despertó celos en su corazón, ni cóleras, ni envidias. No pensó nunca ni un solo instante, que el señor de Trueba pudiese ostentar

Digitized by Google

algún derecho sobre un sér extraordinario á quien consideraba sobrenatural. En resumen: aquel señor no existía para él; si existía, no le consideró jamás como marido de la señora de Trueba. Tan grande fué siempre la idea que de aquella mujer tuvo. Tan alta la había puesto sobre él y sobre toda la humanidad. No había presentido que el sentimiento maravilloso de veneración que aquella mujer le inspiraba, pudiera tener otro nombre; que pudiera llamarse amor; amor humano sencillamente; amor como en la tierra empecatada los infelices mortales lo usan. Por eso el nombre del señor de Trueba no

Digitized by Google

había despertado celos en su corazón, ni cóleras, ni envidias; por eso aquel nombre no había herido jamás ninguna fibra de su corazón, crisol candente, donde fundíanse, bajo su ruda exterioridad, tan encontradas y exquisitas pasiones. El señor de Trueba no era nadie, no era nada, no existía para él. En la divina aureola en que tenía encerrada á la celestial imagen, ningún otro objeto podía entrar, aunque este objeto compartiese la existencia del Dios consagrado; aunque fuera ¡oh ruín prosa de la vida! por un lazo religioso y social, su señor y dueño...

Y hé aquí que el nombre del

Digitized by Google

señor de Trueba, de aquel sér que no existía, que no era nadie, que no era nada, resonaba de pronto en sus oidos, atronador y rugiente, cayendo sobre él y destrozándole como el rayo. Pero todavía acarició una esperanza. «¿No habría tenido el señor de Trueba alguna razón *particular, suya enteramente,* para la realización de aquel acto hostíl, que tan fatal podría ser al ingeniero?» Pensaba Armental que aquella razón no existía... «Pero ¿y si existía, sin que él sospechase cuál era? Por otra parte, ¿qué razones había para creer ciegamente que aquella acción vil tuviera su origen ó hubiera partido de la noble divini-

Digitized by Google

dad á quien vivía consagrado?» Para acoger como posible, solamente como posible, el monstruoso pensamiento, no había más que aquellas palabras cabalísticas de Núñez de Hijosa. Y ¿eran suficientes aquellas palabras para derribar de un golpe un templo y aplastar la imagen grandiosa bajo los escombros, y con la imagen grandiosa la existencia moral y material del sér modestísimo consagrado á su culto?

Desde aquel instante sintióse avasallado por una idea: la de obtener la verdad, la verdad absoluta.—¡Sería horrible!,—exclamaba, estremeciéndose de terror y apretándose las sienes con las

Digitized by Google

manos para que no se partieran con los latidos de su sangre.

Salió del astillero presuroso, y fué al hotel. Al entrar en su cuarto tendió una mirada ansiosa al sitio donde solían poner su correspondencia. Vió cartas y periódicos sin abrir, y avalanzóse á ellos. Buscó, revolvió, rompió, sin hallar lo que pretendía. ¡Sin hallar la invitación de los señores de Trueba! Llamó á los criados... Ninguno la había recibido.

Al quedar solo de nuevo, se sentó sin fuerzas. Un brazo invisible, fuerte como ninguno, le pareció que sujetaba sus brazos; el pensamiento de un sér invisible, poderoso como ninguno, le

Digitized by Google

pareció que sujetaba su pensamiento. Pero de pronto, se irguió otra vez con ímpetu, antes aún de pensar que las fuerzas podían agotársele. Quería saber si la invitación se le había enviado. Pero ¿cómo saberlo? No pensaba ir al baile; suponerlo siquiera hubiese sido una enormidad, no habiéndose logrado la botadura del «España.» ¡Ay, ya sabía Armental á donde fueron sus triunfos de la botadura, de la función de honor en el teatro, y de la fiesta aristocrática, donde todo lo notable de una grán población iría á rendirle tributo! ¡Mísero! «¡Cuán pronto y con qué facilidad los más grandes orgullos vienen al suelo!» No;

Digitized by Google

ir, nunca. Pero en aquellos instantes supremos de su vida, parecíale de mucha trascendencia saber fijamente si la invitación le había sido enviada. Pensó por primera vez en Villa-Antonia y en sus amigos; pero le repugnó la idea de ir á Villa-Antonia para este asunto, acordándose de cómo salió de allí.

De pronto, lanzó una exclamación. Había encontrado un medio: algunos días antes oyó en labios de la señora de Trueba el título de una obra suya, de mucho renombre, que aquella señora no conocía; él ofreció enviársela; los acontecimientos ocurridos después fueron importantes, á decir

Digitized by Google

verdad, para servir de disculpa por no haberse acordado de una cosa tan fútil.

Entregó el libro á un criado y le encargó que lo llevase á casa de los señores de Trueba; tenía que preguntar por la señora, entregárselo á ella misma y esperar, por si contestaba. Salió el criado sin fijarse en la horrible palidéz de Armental ni en sus facciones descompuestas.

Quedó esperándole como quien espera la salvación, aunque tenía el presentimiento,—la seguridad, mejor dicho,—de que no era la salvación lo que iba á recibir. «Si la señora de Trueba tuvo un olvido y no mandó la invitación,

Digitized by Google

¿no aprovecharía la oportunidad para remediarlo? Pero lo sabía Armental; hay cosas que no se olvidan; si no se hacen, es premeditadamente. Sin embargo, ¿quién lo podría decir? ¿Y si olvidó mandarla en efecto? ¿Y si no lo olvidó y sufrió extravío? ¡Oh, qué horrible espectáculo el hombre que sucumbe, y en la congoja de la muerte, vé todavía una esperanza allí, donde está el abismo que ha de tragarle!

Del hotel á la casa de los señores de Trueba no había mucho trayecto; pero pasaron horas sin que el criado volviese; Armental lo creyó así. A pesar de esto, cuando volvió solo habían trans-

Digitized by Google

currido algunos minutos. ¿Por qué permitirá Dios que haya minutos que se lleven tras sí, al pasar por la frente de un hombre, cinco ó seis años de su existencia?

Recibió al criado con la muerte en el alma. El criado le entregó un libro.

—¿Qué es esto?,—le preguntó con grán sorpresa.

—El libro que me llevé.

—Pero ¿no se lo diste á la señora? ¿A ella misma?

—Quise dárselo á la misma señora, diciéndole de parte de quién era; pero no lo quiso recibir. Iba á vestirse para el baile que ván á dar á esos señores ministros.

Digitized by Google

—¡A esos señores ministros!, —repitió Armental como un eco. Se sentó en la cama y no habló más. El criado se retiró lentamente.

—¡A esos señores ministros!,— repetía Armental al quedarse solo; y creyó ver al mismo tiempo aquella habitación donde se encontraba llena de una luz misteriosa que iba brotando de los ángulos, del techo, de las paredes, hasta quedar todo como revestido de llamas. A la luz de aquel incendio singularísimo vió pasar las esplendentes figuras de los salones de la casa de Trueba. Todos aquellos grandes se inclinaban silenciosamente ante él y

Digitized by Google

le alargaban su mano; luego se iban en silencio también, pero dejando en la mano de Armental, otra mano seca, horrible como la de un esqueleto, cuyos huesos blancos brillaban siniestramente á la luz fantástica que lo invadía todo. Armental arrojaba áquella mano para coger otra que ya le tenían tendida y arrojarla también. La señora de Trueba apareció por último, deslumbrante de hermosura y riqueza, mirándole siniestramente con las órbitas huecas de sus ojos, en cuyo fondo ardía una luz azulada; enseñándole, para sonreirle con pavorosa ironía, unos dientes agudos y desencajados; doblando

Digitized by Google

con exageración grotesca, para saludarle, un cuerpo escamoso de reptil; estrechando su mano para felicitarle por el triunfo del teatro y del astillero, con unas manos secas también, descarnadas, cuyos huesos se hundían como cuchillos en las manos de Armental. Y allá arriba, junto al techo casi, resplandecía el canalón de la plazoleta del teatro, con su cabeza monstruosamente achatada y su boca siempre abierta, como en una insolente contracción de sarcasmo, pero abierta, no para vomitar el agua que crujía con estridente rumor en las piedras de la calle, sino un río de fuego, desbordándose espantosa-

Digitized by Google

mente sobre los grandes señores, sobre las grandes damas, sobre el mismo Armental, quemándole, caldeándole y enrojeciéndole el rostro, el rostro solamente, como cuando lo sentimos enrojecer, quemarse, caldearse, por una horrible ofensa que no podemos lavar, y cayendo, en fín, sobre la señora de Trueba, aquella señora de Trueba, de ojos secos, de boca desencajada, de cuerpo escamoso de reptil y de brazos sin manos, porque las manos se habían quedado entre las de Armental, como las de los otros; de brazos sin manos, con horribles muñones en la parte de las muñecas, por donde habíanse desprendido.

Digitized by Google

Se levantó Armental en un arranque brusco, exclamando desgarradoramente:—¡Ah, no quiero morir loco! ¡Hasta contra la locura me defenderé!

Quedó inmóvil en medio de la habitación, ocultándose el rostro y la frente con las manos, sin saber si podría andar cuando lo intentara, esperando caer al primer paso, porque las fuerzas le faltasen.

¿Qué pasó en aquel cerebro durante los minutos que el hombre permaneció en aquella actitud? De pronto lanzó un grito, y aunque temía antes no poder moverse, salió de su habitación con rapidéz, y corrió á la calle.

Digitized by Google

Anduvo así hasta el Guadalvo, llegó á la playa, al astillero, entró en su estudio y se lanzó al uniforme que había tenido puesto el día antes. Lo registró ansioso, temblando, estremeciéndose, y sacó un sobre abultado del bolsillo interior de la levita. Desgarró el sobre y vió que el contenido podía leerse. Temía que el agua lo hubiera dejado ininteligible.

Ahora, lector, sin comentarios por mi parte, sin advertencias, sin acotaciones sobre el efecto que la lectura iba causando en Armental, porque yo juro que tú lo comprenderás lo mismo y mejor que si yo lo explicara, limítome á reproducir el famoso escrito,

Digitized by Google

pidiendo perdón de buena fe por no haberlo hecho antes, como tal vez tú piensas que lo debí hacer, y como yo estoy por pensarlo así mismo.

Digitized by Google

XII

«¿Qué funesta combinación de detalles han ido reuniéndose para que yo me arriesgue á decir á usted, poniendo á Dios por testigo de mi verdad, que la señora de Trueba, mi amiga, mi hermana del alma, á quien yo más he amado después de mi madre y de mi marido, será la perdición de usted si usted no reune todas sus fuérzas para defenderse?»

«¿Será ya tarde? ¡Oh, no, Daniel, usted es un corazón valeroso; su honradez y su orgullo se subleva-

Digitized by Google

rán, y en ellos ha de tener su más grande apoyo. Pero guardar silencio todavía, es entregar á usted sin defensa al golpe que le amenaza, más terrible por venir de la sombra, y mucho más terrible todavía cuando, al hacerse la luz, aparezca el enemigo con su aterrador aparato de hermosura, de nobleza, de benignidad, de imaginación brillante, disfraz perfecto y nunca sospechoso de la más víl mujer que entrañas de madre arrojaron entre los nacidos.»

«Lo que me postra, lo que me mata, es el pensamiento de no haber acudido antes para poner á usted en defensa contra ese demonio malo que le persigue. Per-

Digitized by Google

done usted á la pobre Mary, cuyo corazón es honrado, pero que no está como el de usted curtido en la batalla. Usted lo aseguró muchas veces, riéndose con su triste risa; yo había nacido para ser dichosa; por eso no puede mi alma con este dolor, el primero que sufro y que hizo abrir mis ojos para que viesen espantados en un solo ejemplo, toda la monstruosidad que puede encerrarse en el alma humana.»

«Yo me creo culpable. Yo hice brotar en el corazón de esa mujer la primera chispa del infierno en que usted se ha condenado. Usted le era de todo punto indiferente. El afecto que á usted tenemos

Digitized by Google

Núñez de Hijosa y yo, idéntico al que teníamos á ella, hacía que nos mortificasen mucho la frialdad con que acogió siempre la presencia de usted; el menosprecio muy poco disimulado en que á usted tenía. Yo no sé si usted recordará cierto incidente ocurrido una noche aquí, en el mismo salón de Villa-Antonia. ¿Qué extraño es que usted lo haya olvidado con sus grandes preocupaciones, si yo, que no tenía ninguna, lo olvidé así mismo? Quien no lo olvidó fué la señora de Trueba. Hé aquí de lo que se trata:»

«Había un grupo de nueve ó diez personas junto al piano;

Digitized by Google

aquel grupo componíase de la señora de Trueba y unas cuantas jóvenes, el noruego, Núñez de Hijosa y usted. Aunque la señora de Trueba y usted estuviesen en este grupo, era por Núñez de Hijosa y por mí. Usted recordará que apenas os habíais dirigido una palabra, ni cruzado un saludo. Usted permanecía silencioso y las restantes personas del grupo hablaban y reían con grán ruido. Yo estaba tocando y me levanté de muy mal humor, riñéndoles por su poca cortesía. Sosteníase una discusión sobre los caractéres; lo que influyen las formas sociales, las conveniencias, la educación, en fín, para hacer que un

Digitized by Google

carácter aparezca todo lo contrario de lo que es en realidad.»

«Mi mal humor les hizo reir más todavía. Siguió discutiéndose y yo expuse también mis opiniones. A todo esto, la señora de Trueba, á propósito de caractéres, hablaba de mi manía de estar siempre al piano, sin tener yo vocación por la música. Me extrañó ésto, aunque no le dí importancia. He dicho mal; sí, se la dí quizás, porque en aquel punto no sé qué demonio me inspiró, ese demonio sutíl, que algunas veces acecha junto á la mujer el instante oportuno para asociarse á cualquiera de sus actos. A propósito de caractéres también, me propuse hacer la ca-

Digitized by Google

ricatura del de la señora de Trueba; lo conseguí de tal modo, por desdicha, que los oyentes reíanse á carcajadas. Cuando concluí mi triste labor, pregunté á cada uno lo que opinaba de un carácter así. Cada uno contestó una galantería, porque todos comprendieron que se trataba de ella. Cuando llegó á usted el turno de emitir su juicio, sin alzar la cabeza, sin mirar á nadie, embebido en sus pensamientos de seguro, dijo usted sencillamente una terrible verdad, que yo misma no comprendí hasta hoy; dijo usted que una mujer así era una necia ó una loca. Y no volvió usted á pensar en ello.»

Digitized by Google

«Necia no, loca sí, loca terrible, peligrosísima, porque su locura se exterioriza por una sutileza pavorosa para el mal, bajo un aspecto de honradez y rectitud que espantan. Reíase mucho la señora de Trueba, elogió mi ingenio, hizo después la crítica del juicio crítico de cada uno con causticidad alegre é ingeniosa, donde solo veíase el deseo de agradar más bién que herir. ¡Ay, debíamos encontrar muy pronto las consecuencias de la caricatura que yo hice y de la opinión que usted formó, basada en aquella caricatura! Pero mi inexperiencia del mundo y del corazón humano, me hizo enredarme en

Digitized by Google

la bién tramada urdimbre. Otra mujer, después de haberse creido ofendida, hubiera manifestado con más rigor aún el frágil juicio que de usted tenía hecho. Ella, no; ella siguió como hasta entonces. Yo defendía á usted con más cordura quizás de la que usted hubiera esperado en una pobre muchacha á quien todos tienen por frívola; yo nunca hice caso de esta opinión, por el convencimiento que tenía de ser apreciada justamente por la única persona á quien en el mundo tengo que dar cuenta de mis acciones.»

«Ella entonces fué dándose por vencida, fué inclinándose á favor de usted, por la ardiente convic-

Digitized by Google

ción de mis palabras; fué reformando aquella opinión que de usted tenía. Yo estaba muy satisfecha porque me oía con más atención cuando hablaba de usted, de sus talentos, de sus trabajos, de su vida accidentada y laboriosa. Llegó una ocasión en que creí lo más lógico, para que le conociera á usted bién, poner á ustedes en contento; era fácil, por vivir usted en casa y estar ella también con nosotros frecuentemente.»

«Como si ella adivinase mi pensamiento, se adelantó á él, desplegando cierta noche un grán recurso, el de la música. Hablándole yo de la pasión de usted por

Digitized by Google

este hermoso arte, mientras yo hablaba, sin dejar de oirme, indiferente al parecer, movió las teclas, y su genio supo arrancar aquellas notas maravillosas para atraerle. Empezaba á vengarse. Aquel fué su primer acto agresivo.»

«No quisiera proseguir. Paraliza mi sangre, el terror que me produce esta mujer de rarísimas perfecciones, de índole tan perversa y de tan superior entendimiento, que concibe y realiza el propósito de transformar á usted para hacerle vulnerable. Sabiendo demasiado que, usted incrédulo, no podría tener una decepción, que usted, curtido y

Digitized by Google

duro, no podría recibir herida, mortal á lo menos, que con usted, desconfiado y receloso, no podrían servir la emboscada ni la sorpresa, le hizo á usted crédulo, tierno, confiado.»

«Ejerció en usted desde el principio su mágico influjo; sin yo darme cuenta de ello, me alejó, después, de vuestras primeras conversaciones, haciéndome creer á mí misma, sin hablarme sin embargo de ello, que era yo la que me alejaba, y quejándose de mi abandono. Así me alejó á mí; así logró que el alma de Núñez de Hijosa se ennegreciese por la duda; así consiguió que usted sintiese y pensara de otra manera.

Digitized by Google

¡Oh impiedad! El demonio tomó la forma de Dios para llevar al alma de usted una luz que usted ha creido celeste.»

«Nadie más que una mujer, y una mujer que la amara como yo y como yo la conociera, hubiese podido sospechar primero y descubrir más tarde la verdad horrible. La ví sola un día delante del balcón. Tenía un libro en la falda. Yo entré en silencio; no pudo sentirme. Detúveme tras ella y miré por encima de su hombro; tenía un dedo puesto en un lugar de la página, y sus ojos clavábanse en el mar sombríamente. Junto á la uña finísima de aquel dedo, leí este nombre:

Digitized by Google

Clovin. Me llené de horror de pronto. Así brotó mi sospecha. Me sintió en aquel punto, y la ví temblar de cólera. Con la duda empezó la ansiedad de mi espíritu; mi carácter franco no sabía fingir y mi padecimiento era mayor. Tenía que ocultarme de mi marido, de usted y de ella, de ella sobre todo, cuya astucia y frialdad llenaron mi corazón de cobardía. ¿Cómo se puede llegar á ese grado de fingimiento del bién, no solo para hacer creer que se siente, sino para hacerlo sentir á los demás? ¿No es espantoso esto?»

«Fuí bastante cobarde para no arrostrar la situación. Quería yo, por cariño, por humildad, apar-

Digitized by Google

tarla de su propósito. Una noche tuve atrevimiento para deslizar algunas palabras; se echó á reir de una manera tan sencilla, que me desconcerté completamente.»

«Otra noche, aquella en que el noruego comió con nosotros, busqué ya ocasión para hablar con usted y me fué imposible; me lo impidió, porque me adivina; vé mi pensamiento, apenas lo concibo. Aquella noche no pude resistir mi dolor. Al verme sola contra enemigo tan terrible salí del salón, rompiendo en sollozos como una niña. Usted estaba en el salón y se acordará. Quise hablar con usted otra vez, y salí una mañana á buscarle. Fué el más

Digitized by Google

amargo día de mi vida. ¡Ví aquella mañana en usted una satisfacción tan singular! Yo tenía el deber de amargársela y no retrocedí. Pero fué imposible, porque nos lo impidió como otras veces. Trabajó con tanta habilidad, que pudo convencer á Núñez de Hijosa de que los celos que había logrado infiltrarle tenían causa justificada. Yo no quería hacer revelación ninguna á mi marido. Correspondiéndole á él únicamente mezclarse en el asunto, las explicaciones que entre vosotros hubiera, habrían de ser muy duras, por la seguedad en que usted vive. No quería arrojarla de mi casa tampoco; hubiera tenido que explicar

Digitized by Google

esa determinación, lo que equivalía á revelarlo todo... ¡Oh! lo comprendo, lo considero: si no enloquece usted al leer esta carta, es usted el hombre más fuerte de la tierra. Yo enloquezco y me siento morir.»

«Ultimamente pedí á usted una entrevista. Temblaba de dolor y vergüenza. Pero creí que esta vez no podría estorbar nadie mi revelación. Por eso, al saber por usted mismo que aquella tarde venía también la señora de Trueba sentí que me faltaba la vida. Cuando volví en mí, la mirada de mi marido entraba en mis ojos como un puñal. Me dí cuenta entonces, vagamente, de las agonías de esa

corazón honrado. Quise hablar á usted, pero el terror me quitaba el aliento. Núñez de Hijosa, además, estaba fijo en nosotros. Le dije á usted que hablaríamos más tarde. Pero ella no quiso permitir esta revelación aún. No teniendo su garra misteriosa suficientemente hundida en el corazón de usted, se interpuso de nuevo entre nosotros. ¿Lo recuerda usted? Mi alma indignada tuvo que violentarse horriblemente para no protestar allí mismo, arrojando á la miserable de mi hogar. Callé por mi temor más grande: el temor de mezclar á mi marido en la tenebrosa historia. Pero queriendo dar cima á su em-

Digitized by Google

presa, antes de llegar hasta nosotros, había deslizado en el corazón de mi marido la última gota de hiel; habíale hecho observar, sutílmente, que yo hablé á usted con disimulo primero, y que estábamos citados en algún sitio para más tarde. Se separó de Núñez de Hijosa, para venir á mí como una hermana mayor, de sano y leal consejo. Cuando se aproximó á nosotros, todavía quiso demostrar que ella misma estaba en la creencia de que nuestra conversación era culpable. Yo no sé si usted recordará que se manifestó como dudosa, é intentó irse. Usted la retuvo.»

«Me marché, y estoy segura, fin-

Digitized by Google

giría compasión y asombro. Yo iba, ocultándome, á mi cuarto; quería reponerme allí, á solas, en algunos minutos, de mi trastorno. Pero me esperaba aún la última prueba. ¡Me esperaba mi marido, para pedirme cuenta de mi culpa! ¡Gran Dios! ¿cómo pudiste permitir esto? Quise matarme y no pude, no me dejó. Luego, se lo confesé todo, y no me arrepentí. La sinceridad y la inocencia resplandecieron. Además, ¡era tan fácil la vindicación!»

«Enferma de peligro, Núñez de Hijosa no se separó de mi lado, aunque tenía empeño en hablar con usted. Pero todavía sufrí el terror de verla nuevamente; toda-

Digitized by Google

vía tuvo arrojo para volver á esta casa. Núñez de Hijosa la recibió; y en silencio, sin escándalo, sin que los criados se apercibiesen, la arrojó á la calle. Fué el mismo día que estuvo en el astillero. Después de salir de aquí, irritada, frenética, ¿cómo pudo inmediatamente hablar con usted, de ese modo sencillo, con esa noble seriedad que tanto seduce?»

«El terror me paraliza. Las ideas brotan desordenadas; no puedo hacer reflexión alguna.»

«Tenga ustèd piedad de sí mismo. Téngala de mí. Defiéndase usted. Si no tiene usted fuerza de voluntad bastante para hacerse la idea de que esa mujer no

Digitized by Google

existe, está todo perdido. Venza usted, aunque su corazón se destròce. Después cicatrizará. Aquí tiene usted dos almas honradas que le quieren y le admiran. Pero por Jesucristo crucificado, venza usted para vivir y para que yo no muera de remordimiento.»

Digitized by Google

XIII

Rompió Armental la carta; levantóse pausadamente; abrió el balcón y la arrojó al espacio. Allá fué en menudos fragmentos, con dirección al mar. Allí se perdería. Pero no pudo hacer lo mismo con lo que la lectura había dejado en su alma.

«Era preciso ver á Mary.» Salió del estudio, salió del astillero. Avanzó río arriba. Llegó á la casa roja, cuyo interior aparecía profusamente iluminado. Deslizó-

Digitized by Google

se al pie del muro, sin mirar al jardín ni á los balcones. «¡Oh, qué frío hacía!» Pareció ser esta la primera impresión que experimentaba después de la fatídica lectura.

Había cesado de llover poco antes. El cielo, lleno de estrellas, que lucían como apretados botones de oro en un manto negro, proyectaba sobre la campiña y la población una diáfana y consoladora claridad.

Llegó á la carretera, aquel lindo camino bordeado de pitas y nopales, y pronto estuvo en Villa-Antonia. Había un criado en el vestíbulo; el que le entregó la carta de Mary en el momento de

Digitized by Google

la botadura. El criado comenzó al punto una historia: «En la casa no había más hombre que él. La señorita se empeñó en ir á la botadura el día antes y se puso peor. No siéndole posible á don Juán separarse de ella, había mandado á todos los hombres de Villa-Antonia en busca del señor ingeniero, para decirle de su parte, que no iba él mismo por que la señorita estaba muriéndose; que fuera el señor ingeniero á Villa-Antonia. Como todos habían vuelto sin encontrarle y como la señorita estaba más aliviada, salió D. Juán entonces en su busca, pero mandando otra vez á los demás, por si le

Digitized by Google

veían. Gracias á Dios, había llegado al fín el señor ingeniero á Villa-Antonia, donde con tanto afán aguardábasele. Don Juán tardaría poco. En el salón había dos ó tres señoras solamente. La señorita descansaba en su habitación; pero había dicho que si el señor ingeniero iba, entrase al punto.» Y señalaba desde el vestíbulo la dirección de las habitaciones de Mary.

Pero Armental no le oyó. Como atraido por un poder irresistible, había vuelto los ojos, mientras el criado hablaba, quedándose fijo en dos luces, que se distinguían á lo lejos, en la carretera. Aquellas dos luces eran de

Digitized by Google

los faroles de un carruaje que avanzaba con rapidez hacia Villa-Antonia.

Muy pronto sintióse el sordo golpear de las herraduras de los caballos en el arrecife. Llegaron á escape y detuviéronse ante la casa. Armental ahogó un grito de espanto y se cogió con fuerza al hombre para no caer. Hízole, temblorosamente, ademán de que callara y se replegó en la sombra. A la luz de los faroles del carruaje había visto una pequeña mano enguantada que abrió nerviosamente la puertecilla, sin esperar á que el lacayo bajase. Saltó al suelo la señora de Trueba, pero no como la dulce diosa que des-

Digitized by Google

ciende de su altar en milagroso momento, para ofrecer un don al conmovido y asombrado fiel que llora de rodillas, sino como una leona de ojos encendidos que salta rugiendo para caer sobre su presa.

Estaba en traje de recepción. Conocíase que había entrado en el coche rápidamente, sin pensar en nada. Ni un chal, ni un abrigo cubría sus hombros y sus brazos medio desnudos.

Al saltar á tierra, las luces de los faroles arrancaron una oleada de fuego al collar de brillantes que rodeaba su garganta, descansando con temblorosos fulgores sobre la carne perfumada y firme

Digitized by Google

de los hombros y el seno magnífico. Fuego despedían en la obscuridad los brillantes de sus pulseras, de sus pendientes... Y de la masa sombría de sus cabellos, saltaban también luces, como rayos. Recogióse la rica falda en un soberbio ademán y entró rápidamente. Llegó al cerebro de Armental, como un filtro enervante que le hizo desfallecer, el dulce perfume que aquella figura dejaba á su paso; sintió el ruidillo enloquecedor de su ropa finísima; hasta creyó sentir su aliento. Pasó junto á él, sin verle, y fué derecha á las habitaciones de Mary. Nunca le pareció su andar tan noble, su figura tan majestuosa.

Digitized by Google

¡Era una reina; más todavía que una reina; era un Dios! «¿Por qué aquel Dios, mortal ó inmortal, no había de ser dueño de todo lo existente y destruir ó crear á su antojo?»

Su espíritu combatido necesitó algún tiempo para reponerse de tan honda emoción. Avanzó hasta llegar á la puerta de un gabinete inmediato á la alcoba de Mary. Detúvose allí, tembloroso. No era el hombre que iba á la lucha; era el paria que iba á poner la mejilla para que el señor infame la cruzara á latigazos.

Allí permaneció sin fuerzas para moverse. Desde allí vió á Mary en una gran poltrona medio

Digitized by Google

oculto el cuerpo entre finas mantas. Su cabecita rubia destacábase como una triste flor. La señora de Trueba estaba de pie junto á Mary, rígida, imponente, medio velada en la sombra, como una soberbia figura de hierro.

Las primeras palabras que oyó Armental fueron de Mary.

—Sí, decía en voz débil;—lo aguardo todo de tu alma tenebrosa... ¡Ay, Dios mío...! ¡Dios mío! —y sollozó desgarradamente.

Habló entonces la señora de Trueba. Su voz aguda, vibrante de odio y cólera, hería tanto como su palabra. Solo dijo:

—No, no quiero que mueras.

—Es verdad—repuso Mary;—

Digitized by Google

la muerte es lo mejor que puede venir de tí. Tu siniestra sabiduría podrá inventar tantos y tan hondos males, que el de la muerte sea una felicidad al lado de ellos.

Un estremecimiento de fiera agitó aquella noble y engañosa figura de mujer. Armental lo vió; lo vió y oyó á seguida, nuevamente, aquella voz repulsiva y dura.

—*¡Necia y loca!*—dijo.—He probado que la *necia* tenía talento bastante para aturdirle, para desconcertarle, para hacerle pedazos. He tenido *juicio* para saber combinar impasiblemente la balumba horrible de detalles que

Digitized by Google

me han llevado al logro de mi objeto. No hubo nada al acaso... Pero era preciso concluir. Era preciso, y fuí al arsenal para hacerle que viniera. ¡Que lo supiese todo! ¿Qué gloria es la del triunfo si el vencido no se dá cuenta en toda su extensión de la importancia de su desdicha? Sin la alegría de saber que el enemigo siente en el corazón el golpe sabiamente combinado, ¿qué es el triunfo, ni qué es el golpe, ni qué es tampoco la garra que en el corazón se le clave? Creí que sería más difícil. ¡Bah! Su fanatismo estúpido me lo dió todo hecho. Pero tú batallaste por él. Tú fuiste mi pesadilla, porque te puse sobre aviso...

Digitized by Google

Me sorprendiste una tarde. ¿Lo recuerdas? Yo pensaba en *Clovín* aquella tarde; en *Clovín,* el grán hipócrita de *Los Trabajadores del Mar*. *Clovín* se formó un paraiso y no pudo entrar en él. Yo formé mi paraiso y ya estoy dentro. Él no pudo decir al mundo: «eres idiota.» Yo te lo digo á tí, se lo digo á él, que sois el único mundo á quien quería decírselo. Me descubro, lo digo alto, cara á cara. Yo soy. Llegó la hora de no fingir más.

Mary no contestó; sus labios se movían como si rezaran. La señora de Trueba respiró ansiosa y concluyó después, riendo cínicamente:—Sí... ¡Bién batallaste!

Digitized by Google

¡Quién lo hubiera creido, al verte como una muñeca de china montada en el silloncito dorado del salón de Villa-Antonia!

—Vete, vete,—gimió Mary, pudiendo respirar apenas.

—Sí, me voy, mis convidados me aguardan... Pero ya vés que lo conseguí. En la representación de su obra hubiera sufrido angustias crueles. ¡Oh, qué espectáculo perdiste! Pero el fracaso de la botadura destruyó ese plán. Mejor fué eso. Mi corazón anunció el fracaso cuando yo ponía á prueba al grán ingeniero, en su mismo buque, á ver si se rebelaba. ¡Rebelarse!—Y la señora de Trueba hirió entonces á Mary en el

Digitized by Google

corazón con su risa irónica y fría. —El fracaso de la botadura fué casualidad, pero ayudé á la casualidad y el buque no fué lanzado. Tú, sin valor para hablar al grán hombre, impidiéndotelo yo cuando lo has tenido, sin querer que Núñez de Hijosa se mezclara en el asunto, y contando yo con todo eso, le has escrito al fín. ¿Qué me importa? Yo he confirmado tu carta, cerrándole mis salones cuando él estaba convencido de que la fiesta era en honor suyo. Esto es monstruoso, brutal, ya lo sé; pero hay golpes que tienen que ser así para que sean mortales. Sin el amor de su pueblo, ese amor en el que soña-

Digitized by Google

ba neciamente, como el amante sueña en los brazos de su querida; sin su honor, sin su prestigio de ingeniero naval famoso, porque lo perdió con el fracaso de el «España»; desengañado en las ilusiones que yo hice brotar en su corazón de roca, para poder luego destrozarlas, presentándome á él tal como soy, adorando con delirio, con verdadera locura, aunque él no lo sepa siquiera, á la mujer que le burló y le escarneció.:. ¿no es verdad que sobra con todo eso para que un hombre se mate... si todo eso no lo mata?

Hizo Mary un gran esfuerzo y habló así, con mucha lentitud: —

Digitized by Google

¿Y no será tu triunfo la gloria del hombre á quien quieres destruir? En la conciencia de todos está el convencimiento de que el buque podría haber salido hoy. ¿No te dice nada el motín en el arsenal porque el buque no fué lanzado? La agitación que hay en Medina-Jara ¿no es también un dato en favor del ingeniero? Tu vileza habrá podido ayudarse de la casualidad para impedir la botadura del buque... ¿Tú no sabes que las medidas arbitrarias sirven por lo común para elevar y ennoblecer á las víctimas de ellas? Este país indiferente y mezquino, que nunca se enorgullece por ningún acto grande de sus hombres

Digitized by Google

más ilustres, ¿no hará tal vez un héroe de Armental, porque tú has arrancado al ministro una orden bárbara contra él? El desprecio de su pueblo, bién definido y señalado, que es lo que buscas, como uno de los grandes golpes que le hieran, ¿no podrá convertirse, por todo eso, en el amor y la veneración con que él soñaba? Teniendo el amor y la veneración de su pueblo, estando el buque en el mar, habiéndose salvado, con el incidente de la botadura, de la emboscada que en el teatro le tuvieses dispuesta—puesto que su obra no se representó —¿qué quedaría entonces de la obra tuya? Quedarían tus ultrajes direc-

Digitized by Google

tos, íntimos, á él. Con cualquiera de esos ultrajes basta para matar á un hombre, es verdad; pero ¿no has pensado que lo que hiciste primeramente fué transformarle? Y habiéndolo concluido todo con tan gran éxito,—de lo que con tanta razón alardeas,—¿qué otras razones hay para que esa transformación no resulte también perfectísima? Y no habiendo ya muerto de pesadumbre, acaso, sus grandes penas, ¿no habrán concluido de dignificarle, hasta el punto de que tus más viles actos pasen por su alma perfecta sin herirla? Dímelo: ¿Qué será entonces de tu venganza? ¿Qué será de tí?

Digitized by Google

Al acabar Mary, pareció sin aliento. La había oido la señora de Trueba, sin mirarla, estremeciéndose, oprimiéndose el corazón fuertemente con las dos manos. De pronto, irguióse, orgullosa y magnífica.

—Me voy,—dijo,—pero oye por último una gran verdad; nunca pretendí su transformación, porque hubiera sido imposible. No quería otra cosa que halagar su soberbia, su amor propio, deslumbrarle... Esta transformación tenía que ser ficticia, solo por mi dominio pasajero, y suficiente, sin embargo, para lograr mi propósito; después aparecería el Armental de siempre, supersticioso,

Digitized by Google

déspota, absoluto, impresionable, capaz de una gran acción hasta el sacrificio de su existencia, capaz de destruir al género humano por una herida de amor propio, incoherente en medio de su gran sabiduría, frívolo en medio de su necia taciturnidad, ambicioso sin saber lo que ambiciona, y soberbio hasta la muerte, con esa soberbia que será la que le mate cuando salga de la estúpida inacción en que yo le sumergí.

Acabando la última palabra, se revolvió como una fiera y quedó inmóvil, lívida, apretados los dientes, crispados los puños, centelleante los ojos y fijos en Armental, que se aproximaba. Mary

Digitized by Google

le vió también: intentó incorporarse, pero no pudo y su cabeza cayó inerte sobre los almohadones. Una sacudida formidable agitó el cuerpo de la señora de Trueba; sentíase su respiración sorda, y al levantarse y deprimirse su seno, los brillantes lucían ó se apagaban sobre su carne desnuda como misteriosas estrellas.

Pero Armental no la miró; fué hasta Mary y se arrodilló á sus piés; cogiendo sus manos frías, las besó con profundo recogimiento.—¡Oh, Mary!—dijo—con la voz ahogada por las lágrimas.—¡Pobre criatura, Dios te lo premie!

Se incorporó entonces y miró á todas partes, como buscando á

Digitized by Google

su mortal enemiga. La señora de Trueba había desaparecido.

Miró á Mary por última vez y salió de Villa-Antonia, alejándose lentamente por la carretera, camino de Medina-Jara.

¡Triste noche! En el río, enfrente del jardín de la casa roja, allí estaba Armental; allí asaltaron su cerebro las más horribles visiones que hombre alguno, por grande que su trastorno fuera, haya podido concebir, contemplando á la vez las gentiles siluetas que danzaban con fantásticos giros en el salón, aquel salón, de donde se desbordaban torrentes de luz á través de los cristales herméticamente cerrados.

Digitized by Google

¡Oh, qué frío! Los árboles del jardín parecían á Armental brazos inmensos de puños amenazadores, levantados contra aquellas dulces figuras que giraban lánguidamente... Y entre el rugir de las olas oíase alguna vez la música del vals, como lamento interminable de un misterioso dios vencido, que sucumbe en noche sin fín respirando siempre amor, grandezas, odios, por las cién bocas ensangrentadas de sus heridas.

Parado como un fantasma delante del jardín, hacía memoria de todo cuanto le había ocurrido desde que conoció á la señora de Trueba, y brotaban lágrimas á sus ojos... Esas lágrimas del hom-

Digitized by Google

bre curtido ya en la lucha, cuando asiste al pavoroso funeral del último desengaño y cierra para siempre la tapa del ataud donde reposa su muerto.

Tuvo Armental que rendirse á la evidencia. ¡Lo había oido de su misma boca! Lo que rechazaba con indignación, despreciándose á sí mismo, antes siquiera que la idea hubiese apuntado en su cerebro, lo tuvo que admitir desoladamente. ¡Oh mujer, perfecto dechado de maldad, sabia y dulcemente velada por los dones todos que la naturaleza, pródiga madre, pudo conceder al más adorado de sus hijos; ¡cómo luchar contra tí!

Digitized by Google

No era una pesadilla... de la pesadilla se sale; de aquello no saldría jamás. No veía entonces la casa, no veía el jardín, ni los torrentes de luz, ni el negro mar levantándose magnífico, para caer sobre la playa en roncas cataratas y volver á su centro, deslizándose por la arena con pavoroso plañido. No veía más que ruinas; aquellas ruinas del grán edificio en que la señora de Trueba le tuvo hasta entonces encantado. ¡Ah!, ¿cómo pueden ser tan horribles, tan negras, tan grandes, sí, grandes, hasta tocar en el cielo, las ruinas de un edificio de luz?

Sonó un momento la orquesta en el salón sobre el ruido del mar,

Digitized by Google

algo en calma entonces, como luciría, fugitivo, un rayo de sol entre dos nubes. Como si aquella música fuese un último espolazo que le asestaran en el pecho y luz á la vez que le pusieran en los ojos para ver y sentir toda la realidad de su miseria, lanzó un rugido de león, al que pareció responder el mar con otro más grande, como responde la leona al macho que la reclama en el desierto.—¡Ah, mujer, mujer!,—exclamó solamente. En estas tres palabras concentráronse todas las amarguras del vencido... Allá, enfrente, como al són quejumbroso de las olas, porque la música no se oía entonces, siguieron gi-

Digitized by Google

rando con lentitud las misteriosas figuras detrás de los cristales.

Se alejó de allí loco, calenturiento. Se alejó, río arriba, dejando el mar á su espalda, el jardín, el salón, y en el salón aquellas figuras misteriosas.

¿Resultaría verdad, por último, lo que la señora de Trueba pronosticó? ¿Por qué allí, en aquel instante, frente aquella casa, al sonido delicioso de aquella música, había lanzado su primer grito de cólera y no lo lanzó en Villa-Antonia, delante de la señora de Trueba? ¿Había ejercido entonces en él su benéfico influjo, la lógica consoladora de Mary, aquella leal y honrada criatura? ¿Se abatió al

Digitized by Google

contrario, por el prestigio aterrador de aquella otra mujer, demonio infame que le encadenaba? ¿Tan perfecta fué la obra de aquel perverso entendimiento que había sido perfecta en todo, menos en lo que al carácter de este hombre se refería?

Aquella música lejana habíale hecho sentir de pronto en toda su horrible desnudéz la pérdida de su sueño tranquilo, después de una vida entera de insomnios dolorosos, aquel sueño de amistades, de virtud, de amor, de confianza ciega, aquel sueño velado por la imagen de una mujer sin igual, símbolo perfecto de la misma gloria de Dios. Su naturaleza

Digitized by Google

indómita, despertándose, revelándose aparentemente, con tanta mayor ferocidad como dulce y deliciosa había sido aquella música, lanzó así el último desgarrado adiós á todo aquello que había creido realidad absoluta.

Pero el ídolo estaba en tierra. Cayó aplastándolo todo. Y entonces, cuando el dios estuvo caido, cuando solo fué una ruina más entre tantas ruinas, no fué ya un dios la señora de Trueba á sus ojos, fué una mujer. Sin él definirlo, sin él comprenderlo, muerto ya el fervor religioso, el respeto á lo ideal, eso intangible, á lo que la materia no llega nunca, porque sus alas no pueden re-

Digitized by Google

montarse á lo vaporoso y á lo abstracto, entonces quedó el amor solamente, amor como á una mujer se le profesa.

Pero ya la lucha era humana, sencillamente, con un enemigo conocido. De un amor se desprende un hombre de corazón y cerebro bién templados. La herida sangra, pero se cierra al fín, y solo queda la impresión melancólica que la vista de la cicatríz produce.

¡La amaba! Nunca en la vida se sintió un hombre tan pequeño. Nunca un hombre se despreció de tal modo á sí mismo. ¡La amaba! Parecían golpear á la vez sus sienes y su corazón... ·Olas del

Digitized by Google

mar que os lanzábais sobre la playa como torres inmensas de cristales, ¿salió acaso un titán de cada uno de vuestros copos de espuma, para asestar un golpe sobre aquel triste y flagelado cuerpo?

Aquella lucha extraordinaria, aquel batallar contínuo, parecían al fín aniquilarle. Hubo un segundo en que le faltaron las fuerzas. Avanzando presuroso, sin saber donde iba, una desigualdad del terreno fué suficiente para hacerle caer. Quedó rendido, estenuado, pero las hondas tormentas de su alma seguían rugiendo como el mar, y los recuerdos seguían martirizándole inclementes,

Digitized by Google

como aquellas dulces melodías del salón.

Hallábase á grán distancia del jardín, por la parte de los montes, entre el segundo y tercer puente. El lugar era solitario y sombrío. A un lado y á otro distinguíanse las débiles luces de la población dormida. Quiso Armental levantarse y no pudo. Parecióle que cién lenguas frías de reptiles empezaron á tocar su cuerpo. Instintivamente, á pesar de la calentura que le mataba, comprendió lo que era. No eran cién, sino una sola lengua, la que acariciaba su carne; la primer lengua de agua que el río llevaba en tributo al mar, después de algunos días

Digitized by Google

de inmensas lluvias torrenciales. Deslizábase siniestramente con lentitud, con mucha lentitud, esperando en su cobardía fuerte ayuda, para levantarse y correr amenazadora.

Un largo escalofrío estremeció su cuerpo. «¿No había afirmado la monstruosa divinidad, riéndose con su risa de angel, que hizo al río una concesión solamente en aquel misterioso pacto? ¿Sería una ofrenda? ¿Sería la ofrenda de una víctima? ¿Sería la víctima él?» Intentó levantarse, huir de aquellos sitios; pero quedaba inmóvil, medio incorporado sobre la arena. El propio instinto quería hacerle alentar. «¿No venció siempre en

Digitized by Google

todos los combates? ¿No arrolló siempre en su carrera cuantos enemigos se le presentaron? ¿Iba á sucumbir ahora por no poder desprenderse de aquel yugo que estaba aniquilándole? ¿Qué voluntad maldita era aquella que pesaba sobre él sin permitirle levantarse ni andar, al contrario de aquella otra Voluntad gloriosa que decía: Levántate y anda?»

Creyó verlo: en las sombras de la noche, movíanse otras sombras más negras aún; todas giraban lentamente, saliendo del mar, bajando de los montes, desprendiéndose del cielo; aproximábanse á él á centenares, á miles, con sordo é imponente rumor de carca-

Digitized by Google

jadas, de lamentos, de crujir de mandíbulas; al írsele aproximando, rodeándole, estrechándole, se recortaban, se pulían, convirtiéndose aquellos escuadrones de sombras confusas en siluetas dulcísimas de mujeres blancas, altas, esbeltas, majestuosas, de sonrisa divina, de cabellos negros, flotantes, de labios húmedos de pasión, que se imprimían á la vez apretadamente en su cuerpo tembloroso, abrasándoselo, como si cada boca de aquellos miles de millones de mujeres fuera un hierro encendido que se hundiese en su carne, haciéndola crujir.

Pero llegó el instante de verdadera lucidéz en aquel cerebro;

Digitized by Google

el instante en que se dió cuenta exacta de las cosas; en que pudo entrever los medios de sacudir el misterioso yugo. Un peligro, un grave peligro material fué suficiente para que saliera de aquel vergonzoso y cruel abatimiento, devolviéndole su condición de hombre. Oía un rumor sordo, prolongado, que no era como el rumor del mar, y que aumentaba progresivamente. «No, no era un nuevo fenómeno de su calentura.» Creyó entonces que le alzaban unas manos de hielo, con mucha suavidad, y sintióse mecido blandamente. Oyéronse á la vez grandes alaridos femeniles, voces enérgicas de hombres y pitos de

Digitized by Google

alarma. «No, no era aquello producto de la calentura.» El rumor se hizo más pronunciado, más fuerte; no era como el del mar, ya lo dije; parecía la ronca respiración de un ejército de gigantes que corren juntos en veloz carrera.—¡El río!,—pensó Armental, levantándose de pronto.—¡El río! —Sentíase ya arrastrado por las primeras aguas.

«No, no quería morir. La lucha ante todo. Su buque navegaría orgullosamente en los mares; su pueblo lo amaría y acataría; su demonio malo, aquel demonio de cabeza de santa, sería vencido solo con salvar su vida primeramente, salvar luego su

Digitized by Google

honor y seguir triunfante su carrera...

Un grito ronco rompió su pecho; al ponerse de pie, un golpe traidor del río, engrosado súbitamente, logró derribarle. Una inmensa tromba de agua volteó á la par sobre aquel cuerpo abatido, dejándole medio sepultado entre piedras y arena. A esta acometida del coloso, el hombre pareció recobrar toda su energía, y extendió los brazos, defendiéndose con soberbio empuje. Otro golpe gigantesco más formidable aún, le volteó, le hundió, le hizo levantar, dejándole en el fondo medio asfixiado. Pudo flotar aún y nadó con furia. Pasaban junto á él ma-

Digitized by Google

sas enormes de piedras, de árboles, de mil objetos extraños. La lucha se hizo horrible. Las aguas negras rodaban al mar, levantándose en arcos magníficos, de bordes espumosos que chispeaban en la altura con siniestro fulgor. Aumentaban los ayes de las mujeres, las voces roncas, pidiendo auxilio, los golpes en las puertas, los pitos de alarma, el desconcierto, en fín, de una ciudad dormida, al despertarse loca de terror.

Los brazos de un hombre, aunque este hombre fuera un gigante, no podrían dominar de ningún modo la violencia de las aguas; era así imposible acercarse á uno

Digitized by Google

ú otro de los dos paredones en que se encajonaba el río; aún después de logrado esto, resultaría estéril, no habiendo un arbusto ó una piedra á que poder asirse; Armental estaba seguro; aquellos altos murallones de granito no ofrecían ninguna esperanza. Seguir la corriente, sorteando los obstáculos, era mejor, aunque dispuesto á morir á cada segundo, al chocar con un tronco ó con una piedra, ó al ser envuelto y asfixiado por uno de aquellos espantosos remolinos.

Por un curioso fenómeno, en aquella hora, cuando era su vida solamente lo que tenía que defender recobró todo su vigor; una

Digitized by Google

serenidad admirable llenó su entendimiento de luz. Todo lo anteriormente explicado pasó por su imaginación como una ráfaga. Primeramente tenía que evitar el tropiezo probable con algún machón del puente. Desde el puente hasta la muralla de contención del arsenal, había un largo trayecto; si pasaba el puente, era en aquel trayecto donde tenía que salvarse; de no conseguirlo se haría pedazos sin remedio al espantoso choque con el muro. ¡Fúnebre ironía de destino! En aquel instante lo comprendió: su esperanza de salvación única, remotísima, era la de poder asirse á la verja del jardín famoso.

Digitized by Google

El agua había crecido mucho desde el primer momento: se recuerda la avenida de aquella noche como una de las más horribles y rápidas que se han conocido. En pocos minutos se puso el agua al nivel casi de los paredones; no había subido aún como en cierta ocasión en que la señora de Trueba desafiaba al río á que entrase en el jardín, pero sí lo suficiente para que Armental, con esfuerzo poderoso, pudiera asirse á un hierro de la verja. En este caso, su salvación era segura. Otro golpe de agua le envolvió de pronto en un remolino; se dió por muerto y se abandonó á su suerte. Su idea entonces volvió al

Digitized by Google

pasado; en menos de un segundo todo se presentó en su memoria á la vez, destacándose con vigor su infancia, su juventud, sus luchas, la última y terrible etapa de su vida. En aquel segundo se vió á sí mismo tal como había sido y no como había creido ser; en aquel segundo, una luz sobrenatural parecía iluminarle. Toda la conversación que sostuvieron aquella noche Mary y la señora de Trueba en Villa-Antonia y que él había oido perfectamente, pesó en su juicio, sereno entonces, con toda su grandeza grave y humana, y vió, en fín, á la amiga de Mary, no como un dios magnífico, no como una divinidad mons-

Digitized by Google

truosa, sino como un arma de que otro poder misterioso, verdaderamente superior, se había valido para corregirle y perfeccionarle.

Se avergonzó de su anterior locura; quiso vivir para probarse á sí mismo y probar á todos que comprendería la existencia sin las aberraciones fantásticas del pasado, sin las bajezas que á este pasado habían sucedido, desde que conoció á tan repulsiva mujer. Admiró aquella fuerza misteriosa y omnipotente que le había reducido á condición tal, para dejarle, después de sus locos errores, de sus quimeras febriles, de su vergonzosa postración, en ese reposo absoluto del alma, en esa

Digitized by Google

tranquila serenidad del pensamiento, justa y noblemente equilibrado. Se asombró del influjo que la señora de Trueba había ejercido sobre él; se admiró de cómo había dejado que aquel sentimiento entrase en su alma, sintió la lección dura de no haber alcanzado á comprender lo que valía aquel sentimiento y cuál era su único fín.

Todo este trabajo de sus más preciosas facultades se elaboró en aquel solo segundo, mientras la muerte llegaba, teniendo él los ojos y el pensamiento fijos con una claridad portentosa en aquel verdadero Dios que tan sabia y justamente podía equilibrar á los

Digitized by Google

hombres y á la naturaleza con actos formidables que recogían y ejemplarizaban.

El espantoso remolino que lo había envuelto, le arrojó en tanto hacia la izquierda, haciéndole pasar de un modo milagroso como una exalación por entre dos machones del puente. Salvado aquel grave escollo é impeliéndole sin cesar el remolino hacia la izquierda, alentó de nuevo; hallaba menos loca la ilusión de cogerse á la verja; nadó entonces impetuosamente al sesgo, para ir ganando distancia y estar junto al paredón antes de llegar al enverjado. Mostróse batallador y valeroso como nunca. ¿Por qué, á los

Digitized by Google

grandes males del alma bastará á veces la lucha con un grave peligro material para el alivio y aun para la curación? El río y el hombre batallaron como dos colosos de igual fuerza y de igual astucia. ¡Torneo insensato en que el hombre no parecía llevar la peor parte, solo con el hecho de estar vivo aún! A un volumen de agua rugiente y negra, de colosal empuje, seguía otro mayòr aún, volteándolo, arrastrándolo, pero salía otra vez á flote. Con mucha lentitud iba logrando su propósito; iba aproximándose al paredón de la izquierda. Si pasaba junto al jardín sin lograr asirse á los hierros, todo habría concluido.

Digitized by Google

Aproximábase. Veía ya otra vez las figuras del salón girando acompasadamente. Creía oir otra vez la música del vals. Nunca tuvo el vals tan lúgubres cadencias. Era la musica de la muerte aleteando como un soplo maléfico sobre la negra espuma de las aguas, aquellas aguas que se retorcían de cólera, envolviendo al hombre sin poder destrozarle.

Ya estaba allí. Las aguas corrían con espantoso estruendo, pero en aquel sitio, por la profundidad tal vez del barranco que formaba el pie del muro del jardín, deslizábanse pesadas, tersas, con traidor y frío silencio.

Alzó Armental una mano tra-

Digitized by Google

bajosamente para cojer la verja; pero el agua le desvió, como si cogiese á la vez su cuerpo con mil garras para separarle del muro. Tocó la verja su mano sin poder asirse. Luchó nuevamente como el desesperado que sucumbe, y alzó otra vez la mano. Tocó la verja otra vez sin poder asirse tampoco. El río le envolvió, le golpeó, le mordió. Los brazos, los pulmones, el corazón, parecían rompérsele; un estertor ronco hacía retemblar su pecho... Pero no se entregó al forminable enemigo.

En otro momento el Guadalvo se hinchó con más furia; rodaba espantosamente, arrastrándolo todo. Parecía como si el mar se hu-

Digitized by Google

biese desbordado de una vez por un solo cáuce. Subía el nivel de una manera aterradora. El río creció, subió, voltearon al fín sobre los paredones en muchos sitios sus aguas ennegrecidas, y extendiéronse por las calles, silbando, crujiendo, retorciéndose, con estallidos, con risas, con maldiciones, como bárbaras, hambrientas hordas, que penetran á saco en un pueblo de mujeres.

En las alternativas de batalla tan ruda fué Armental hasta el otro extremo de la verja. Perdiendo ya toda ilusión, hizo un último y horrible esfuerzo, pero esta vez cogióse á un balaustre fuertemente. Para arrastrarle el

Digitized by Google

río hubiera tenido ya que arrancarle el brazo ó la mano. Empezó á respirar. Tenía desencajados el rostro y la mirada; estaba herido en mil partes de su cuerpo, sin vida puede decirse. Levantó el otro brazo; quedaron las manos entonces allí, sobre los hierros, como abrazaderas, tan resistentes y duras cual el hierro mismo.

De pronto se abrió un balcón de la casa roja. Con la embriaguez del vals no habían escuchado antes la marcha ronca del río.

Armental esforzábase por escalar la verja. Oyó abrirse el balcón, lo abrió una mujer, gritando á la par fieramente:

—¡El río! ¡El río!

Digitized by Google

Todos los invitados agolpáronse á los balcones. En el primer segundo nadie temió. Con el encanto del baile hallábanse todos en las habitaciones superiores. El señor de Trueba estaba con los ministros en un banquete, con que la Diputación les había obsequiado. Tardarían aún.

Absortos con el grán espectáculo, nadie vió la espantosa figura que luchaba por desprenderse del río, ayudándose de la verja. No la vieron, aunque la luz del salón salía á torrentes de los balcones por encima de los apiñados grupos, é iluminaba el jardín y una parte del río, permitiendo ver sus aguas lívidas y espumosas.

Digitized by Google

Lo que sucedió á seguida, fué rápido como el rayo, aunque la humana inteligencia no alcance á describirlo con la misma rapidéz. Oyóse de pronto el formidable zumbar de las aguas, como de cién esclusas inmensas que se abriesen á un mismo tiempo. El Guadalvo, en otro feroz empuje, había conseguido desbordarse en el jardín. Un clamor horroroso salió de todos los pechos. Hallándose el jardín á más altura que la planta inferior del edificio, buscaron las aguas su nivel, precipitándose por la escalinata é invadiéndolo todo. En un segundo alcanzaron una elevación aproximadamente de dos metros.

Digitized by Google

Caían con espantoso rugido. La casa parecía estremecerse, como para ser arrancada de raíz por la mano poderosa del gigante. La señora de Trueba, asida al barandal, contemplaba la invasión del río, estremecida, convulsa, dilatando la naríz como la hiena al olor de la carne, los ojos fijos, ardientes, feroces. Los diamantes saltaban y centelleaban sobre su seno desnudo, al levantarse y deprimirse por la ronca respiración, como siniestras, luminosas figurillas, que resbalaban una vez y otra, queriendo escalar inútilmente la losa blanca de un sepulcro.

De pronto soltóse del barandal,

Digitized by Google

quedándose fija, atenta, como si quemara su memoria un recuerdo. Abriéronse enormemente sus ojos, inyectados en sangre, como si fueran á salir de sus órbitas, y rugió como una fúria lanzándose á la escalera:

—¡Mis hijas!... ¡Mis hijas de mi alma!

Aquel demonio descubría al fín su flaco: amaba á sus hijas. Una conmoción horrible paralizó la sangre de los que la oyeron, hasta el punto de olvidar sus propios terrores. Lo pensaban horrorizados. ¡Las niñas dormían en la planta baja!

Precipitáronse todos á la escalera, pero no para salvar á los

Digitized by Google

pobres ángeles indefensos, sino para impedir que la mujer se lanzase al agua; al agua, que subía rápidamente saltando los escalones alfombrados, cortés, risueña, aduladora, pronta á besar los zapatitos de seda de las dulces figuras que danzaban antes detrás de los cristales.

¡Pobres niñas! ¡Habrían perecido! Eran el tributo que el Guadalvo cogía para el mar, su ogro insaciable. ¡Pobres cabecitas morenas! ¿Qué hubiérais logrado vosotras contra aquel gigante que podía con una mano solamente desbaratar un pueblo? La señora de Trueba retorcíase entre un círculo de personas, sin poder

Digitized by Google

abrirlo para lanzarse al agua. Rugía desesperadamente, clamando sin cesar:—¡Mis hijas! ¡Mis hijas!—Golpeábase el pecho con los puños hasta clavar en él las ricas piedras de misteriosas luces que habían iluminado y sentido palpitar aquella carne por tan diferentes pasiones en algunas horas.—¡Mis hijas! ¡Mis hijas!—Y ninguno de aquellos magníficos señores caía en la cuenta de que hubiese sido mucho menos doloroso arrojarse al agua, que seguir contemplando el dolor de aquella madre y seguir oyendo aquella desgarrada voz para repetir siempre las mismas sublimes palabras:—¡Mis hijas! ¡Mis hijas!

Digitized by Google

Súbitamente se oyó una voz grave y dulce. La voz dijo:

—Aquí están, señora.

Un grito de admiración y consuelo salió de aquellos corazones. Se abrió el grupo y apareció Armental subiendo penosamente la escalera con las niñas en alto. Las niñas pálidas, asustadas, tendían los bracitos, diciendo temblorosamente:—¡Mamá! ¡Mamá! —La señora de Trueba se lanzó delirante con los brazos tendidos, pero detúvose de repente en el primer escalón. Acababa de conocer al hombre que había salvado á sus hijas. Fué una transición horrorosa. Pareció haberse convertido en piedra. Quedó inmóvil,

Digitized by Google

con los brazos tendidos, los ojos clavados en Armental, pero inmóviles también, fríos, vidriosos como los de un muerto. Había envejecido veinte años en un segundo.

Armental no podía sostenerse. Aquellos ojos fijos en él acabaron de aniquilarle. Soltó las niñas y cayó sin conocimiento en los mismos peldaños. Corrieron todos en su ayuda, pero la señora de Trueba los contuvo, llevándose misteriosamente un dedo á los labios. Empezó á señalar á las personas del salón, una á una, y las contaba en voz dulce y rítmica, conforme las iba señalando. Dejó de contar de pronto, y exclamó son-

Digitized by Google

riéndose como una idiota:—No, yo os lo digo, no valeis todos juntos lo que este vale.

Sentóse en un peldaño. Cogió la cabeza de Armental y la apoyó blandamente sobre sus rodillas, sin sentir en los piés la primer caricia del agua; sin que en aquel momento de estupor la interrumpiese nadie.—Sí, sí,—añadió, alzando los ojos, llenos ahora de mansedumbre:—¿Le estais contemplando? ¿Estais admirándole? ¿Veis como al fín ha sido el héroe de la fiesta?

Balanceó el cuerpo acompasadamente, y murmuró con volubilidad extraordinaria:—¡Mis hijas!... ¡Mis hijas!... ¡El buque!...

Digitized by Google

¡Villa-Antonia!... ¡El río!... ¡Mis hijas!... ¡Mis hijas!... ¡Mis hijas!... —Sintió el frío del agua en los piés, quedóse mirando al agua un momento, con aire pensativo, y llenándose súbitamente de terror, se puso á cubrir, palpitante, solícita, el cuerpo de Armental con su ámplia falda de raso. Detúvose de pronto, lanzó un alárido de muerte y prorrumpió en risa pavorosa.

Digitized by Google

Digitized by Google

XIV

El Guadalvo se levanta como el pecho de un gigante para respirar, y desciende con la misma prontitud. A las veinticuatro horas no era nada más que un arroyuelo de caprichoso curso.

Pero en esta ocasión había dejado como nunca señales terribles de su paso. Hundiéronse algunas casas y hubo algunos muertos, sin contar aquella grán señora que perdió la razón, por la creencia de que sus hijas habían pere-

Digitized by Google

cido ahogadas, dramático incidente, que tuvo más realce por haber figurado en él Armental; este nombre revestíase de una grán aureola, por otro hecho extraño, ocurrido mientras Armental salvaba á las dos pobres niñas de la señora loca.

El río había derribado por cién partes el muro de contención del arsenal. Arrastró paredones enteros, derrumbó talleres, hizo, en fín, estragos grandísimos; pero una felíz nueva ensanchó los corazones en medio de tanta ruina. Al día siguiente lo vieron todos admirados. ¡«El España» estaba en el mar!

Con el empuje formidable del

Digitized by Google

río ¿no tomaría algún movimiento el buque? ¿No sería lógico que hubiera ocurrido así, estando sujeto con algunos puntales y la amarra de proa solamente, como quedó en el instante preciso en que iba á ser lanzado aquel día? ¿No pudo bastar esto para que el buque partiera la amarra y se fuese al mar, como esos barcos espectros de la leyenda, que surcan las olas, sin palos, sin dotación y sin gobernalle? Los técnicos de más renombre, no sabían explicar aquel caso originalísimo. Realmente, la única explicación posible, era la que ya dí, y la única que podía aceptarse. Pero muchas personas recordaban lo

Digitized by Google

que había dicho Armental en el despacho del comandante del astillero, y si no lo afirmaban en alta voz, porque en la época moderna, la fe, para algunos, es defecto muy ridículo, lo confesaban en el fondo de su corazón. «¡Ya sabían ellos quién fué el que echó el buque al agua!» Mary, sí, lo confesó muy alto. Y Armental,—¿por qué no decirlo?—lo confesó en voz alta también: «¡Había sido Dios!»

—Es lo cierto,—decía Núñez de Hijosa á Mary algunas semanas después,—que el fatalismo no era sobre Daniel sobre quien pesaba, sino sobre ella. ¿Cómo es posible, no siendo así, que la casualidad solamente haya podido

Digitized by Google

destruir unos planes con tanta sabiduría combinados? Todo llegó á conseguirlo. Armental sufría con la indiferencia de su pueblo, llegando á ser este pesar la grán rémora de su corazón. Esperaba anhelante el próximo triunfo de la botadura, que lograría tal vez despertar el espíritu indiferente de su pueblo. Esperaba, sobre todo, su presentación en los salones de Trueba, donde su triunfo sería sellado y resellado. Pero en un solo día pierde su honor, con el fracaso de la botadura; su corazón se destroza, porque su pueblo le vuelve la espalda silencioso; recibe feroz herida en su orgullo indomable, porque se le

Digitized by Google

cierran brutalmente aquellos salones, donde ese orgullo iba á ser ensalzado y coronado; se vé muerto, perdido, enterrado en ruinas, porque comprende el error en que estuvo al sentir el cuchillo que la noble y santa mujer le hunde por la espalda una y mil veces...

Le resta algo; le resta la vida material; es bién poco, ciertamente, después de lo que ya perdió; sin embargo, es la vida; es lo único con que podrá defenderse. Vá á perderla también... Pero á la hora de morir, el mismo río, que vá á ahogarle ó á estrellarle, arroja el buque al mar, devolviendo al hombre su honor; hace que el moribundo se coja á la verja del

Digitized by Google

jardín, devolviéndole la vida; le pone en ocasión de ejercer una grán obra humanitaria que le haría popularísimo, si ya no lo fuera, sin él saberlo, porque se realizó su pronóstico de que el buque estaría en el mar aquella misma noche; con esa grán obra meritoria que realiza en provecho de quien tanto daño le hace, confunde, sin que lo pretenda, á su enemigo, hasta el punto de producirle la locura; es héroe de aquella fiesta en aquella casa que tan brutalmente se había cerrado para él, hiriéndole sin misericordia; es recompensado con esplendidéz por su reina, es aplaudido por su nación, es admirado y aclamado

Digitized by Google

frenéticamente por su pueblo, cuyo espíritu inerte logra electrizar... ¿No es cierto, Mary, que aterra tanta fortuna, después de tan infinito número de desdichas?

—No te asustes por creer á Armental demasiado felíz,—dijo Mary con sonrisa triste.—No lo es, no. Esa grán lección no sería lección en realidad, si él no sufriese hoy con la locura de ella, creyéndose culpable de habérsela ocasionado, aunque haya sido por salvar á sus hijas.

—Es, Mary, que no fué aquella noche cuando perdió la razón, aunque á nosotros así nos lo hubiese parecido. Estoy seguro; todos los actos de tu amiga desde

Digitized by Google

que conoció á Daniel fueron hijos ya de su locura. Esa paciente y aterradora labor, que pudiera llamarse persecutiva, contra un hombre, la grán fuerza de voluntad, el trabajo ímprobo, el poderoso talento, la horrible sangre fría, en fín, que supone esa grán acumulación de detalles para consumar un acto contra determinada persona, sin causa real, sin motivo poderoso, no que lo justifique, porque no hay motivo que pueda justificar eso, sino que lo haga aparecer humanamente lógico, esa es la locura, locura formidable que está clasificada por la ciencia, que tiene también su nombre, que solo se exterioriza

Digitized by Google

por la horrible lucidéz con que caminaba á su objeto.

—Será lo que tú dices,—repuso Mary, alzando los ojos llenos de lágrimas;—pero yo no entiendo de ciencia, ni de filosofismos. Yo solo veo en ella el instrumento de que Dios se valió para perfeccionar un grán carácter lleno de errores. Por eso pongo mi esperanza en Dios misericordioso. Así como pudo salvarle á él, la salvará también á ella, devolviéndole la razón, y devolviéndola á un hogar, donde lloran sin madre dos pobres niñas abandonadas.

FÍN.

Digitized by Google

Digitized by Google

OBRAS DE MARTINEZ BARRIONUEVO.

	PESETAS
La Generala	3
La Quintañones	4
El Padre Eterno	4
Señores de Saldívar.—Tomo I	3
Señores de Saldivar.—Tomo II.	3
Juanela.	3
De pura sangre.	3'50
Venta de hijos	3'50
Misericordia	3
Filigrana	3
Guerras pasadas	3
Andaluza	3
El gran pecado.	3
El contrabandista	2
Andalucía.—Edición monumental.—80 cuadernos á peseta	80
Barcelona pintoresca.—Edición monumental	25
Un libro funesto	1
Amar á Dios	1'50
No jurar	1'50
Santificar las fiestas	1'50
Honrar padre y madre	1'50
No matar	1'50
No fornicar	1'50
No hurtar	1'50
El falso testimonio	1'50
La mujer ajena.	1'50
Los bienes ajenos	1'50
El buque de combate.—Tomo I.	3
El buque de combate.—Tomo II	3

2

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google